

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 63.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

1.º de Febrero de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La caricatura de la ciencia*, por Pedro Kropotkin.—*La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Movimiento filosófico*, por U. González Serrano.—*Crónica científica*, por Tarrida del Marmol.—*Los malos pastores*, por Octavio Mirbeau.—*París*, por Emilio Zola.
SECCIÓN GENERAL: *Heriberto Spencer*, por E. Marguery.

SOCIOLOGÍA

LA CARICATURA DE LA CIENCIA

Cuando penetramos en el fondo de los sistemas de economía política, de ética y aun de filosofía, descubrimos que todos esos sistemas se reducen á apreciaciones sobre la naturaleza del hombre, sobre la psicología del individuo y de las sociedades, que tal ó cual autor habrá deducido de su análisis de las relaciones humanas.

Algunas generalizaciones superficiales, basadas en un círculo muy limitado de observaciones, bastan casi siempre para desarrollar todo un sistema.

Luego, de repente, por medio de un razonamiento sutil, ó sin razonamiento alguno, lo que en un principio fué aceptado como simple hipótesis se convierte en una *Ley*. Así es como se construyen la mayor parte de los sistemas filosóficos. Aun en aquellos mismos que se presentan trabajosamente elaborados en sus deducciones, examinándolos de cerca y con alguna minuciosidad, se encuentra en su base muy poca cosa.

Pero el *specimen* más perfecto de semejante método nos lo presenta la Economía política. Comienza por razonar de conformidad con el método científico: —«No nos ocupamos, dice, de lo que el hombre puede ó no puede hacer bajo la inspiración de motivos morales; eso podría ser objeto de estudios aparte: nos ocupamos solamente de su manera de obrar, suponiendo que sea guiado únicamente por motivos de interés pecuniario, y estudiamos cómo bajo la influencia de estos motivos solos, produce, acumula el capital, busca un trabajo asalariado, hace operaciones de banca. Esto sólo corresponde al dominio de la Economía política, y es lo único que nos permite deducir las leyes de la economía social. A otras ciencias toca demostrar qué modificaciones sufren esas leyes bajo la influencia de motivos de sentimientos diferentes del interés.»

—«¡Perfectamente!» replicamos por nuestra parte; pero en vano esperamos leer la demostración de que *si* el hombre obrase siempre bajo el único impulso del interés pecuniario, obraría de una manera ventajosa, ó desventajosa en caso contrario.

Lejos de ello, después de habernos invitado á seguirle con la restricción antes indicada, el economista cambia súbitamente de tono exclamando: —«Es una ley de la

Economía política lo que os afirmo: *Debéis* ser entregados atados de pies y manos, desprovistos de todo, á merced del patrón. *Debéis* morir de hambre, y cuanto antes mejor para la humanidad. ¡Qué! ¿murmuráis contra esta ley? ¡Pura sensiblería! ¡Os negáis á reconocer la ciencia! Olvidáis que afirmo una ley científica, contra la cual sois impotentes.»

Como se ve, el economista toma las leyes que ha deducido con el *si* condicional que por suposición excluye todo, excepto el interés del *penny* (1)—el espíritu de rebeldía, el odio, la cólera de un pueblo contra sus explotadores, el sentimiento de su dignidad, todo menos el *penny*—para probar en seguida que el hombre no obra jamás por otro ideal que para atrapar con ansia el *penny*.

De hecho el economista razona como un geómetra que comenzase por decir: «*Si* la gravitación universal que obra sobre los cuerpos en razón inversa del cuadrado de las distancias es la única que obra sobre el Sol y la Tierra, los planetas describirán en el espacio elipses perfectas»; y que en seguida quisiera probar que la atracción del Sol es la única que influye sobre la Tierra, y, por consiguiente, la Tierra describe siempre una elipse en el espacio, mientras que en realidad, bajo la influencia de fuerzas múltiples y del movimiento mismo del Sol, la Tierra describe en el espacio curvas espirales muy complicadas.

Después, cuando el economista hubo sentado ese error de lógica, toda la ciencia sufrió las consecuencias: el biólogo, que funda siempre su apreciación del mundo animal sobre las concepciones corrientes de la naturaleza humana, tomó del economista sus conclusiones para establecer sobre ellas la biología; el filósofo, que nos habla de la ética, hizo lo mismo, y el error fundamental hizo bola de nieve, hasta que un día algunos infames llegaron á afirmar que toda la vida humana no es más que un cálculo de intereses económicos.

Eso es lo que hacen hoy los marxistas, que el mismo Marx ha formado, pero que, refiriéndose á ellos decía en sus últimos tiempos: —«Seré todo lo que se quiera, pero no un marxista».

A escucharlos, nada existe, en la vida de las sociedades, fuera del cálculo del *penny* —inglés, por supuesto—; según ellos, todas las ideas de la humanidad han tenido por base ese cálculo; jamás ha existido hombre alguno con otras concepciones que las derivadas del *penny*; todas las tonterías y todos los cuentos de aparecidos en que han creído, todos los terrores que una Naturaleza no comprendida le ha inspirado, todo su miedo á brujas, magos y reyes, le ha sobrevenido de sus cálculos basados en el *penny*; y si un día ha grabado mammutos sobre los omoplatos del reno y más tarde ha esculpido Venus, todo ello es pura economía política, el cálculo del *penny*; por consiguiente, fuera del evangelio económico—el único libro que contiene todas las *leyes* del desarrollo humano manifestadas por el estudio del *penny* inglés—no hay nada. Toda la ciencia humana está en ese libro, y aunque hubieran de perecer diez generaciones en la miseria y atrasarse la revolución tres siglos, no importa, puesto que el evangelio —*¡la ciencia!*—así lo ordena.

No rías, lector; antes, por el contrario, da gracias á los marxistas. La caricatura es un medio poderoso para hacernos ver nuestras faltas, y esta caricatura de la ciencia nos será utilísima para descubrir el error fundamental de la economía política burguesa y de la profunda corrupción que ejerce sobre los cerebros de los políticos, de los biólogos y de los filósofos.

PEDRO KROPOTKIN.

(Traducción de A. Lorenzo.)

(1) Moneda inglesa.

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO IV)

Los apologistas fueron los primeros que rompieron el fuego contra la filosofía que había dado el ser á su religión. Todo conocimiento humano les pareció hereje. Con el pretexto de salvar la pureza del cristianismo, lo encerraron en los estrechos moldes de la fe. Hereje el paganismo por la humanidad de sus dioses; herejes los judíos que negaban la venida del Mesías; hereje el pensamiento que no acataba la unidad de la razón y de la doctrina.

Puede sospecharse de los apologistas que concibieron el propósito de hacer venir al Salvador del mundo, y que escribieron algunos de los escritos que componen el Nuevo Testamento.

Aquí creemos oportuno recordar, aun á trueque de hacernos pesados, la oposición científica que en el campo de la filosofía ha encontrado la existencia de Jesucristo.

Como decimos en otra parte, el asunto por sí solo no tiene importancia; pero la adquiere cuando se pretende hacer de la realidad de Jesús una larga noche de penas para nuestra especie, y una pesada losa de plomo para el pensamiento humano.

En este sentido, todo lo que se haga para llevar á las conciencias el convencimiento de que la existencia de Cristo es una novela escrita por varios autores en colaboración indirecta y recopilada por los magnates de la Iglesia reunidos en concilio en Nicea el año 325 de nuestra era, nos parece poco y ha de parecerlo á todos los que aprecien la inmensa desgracia que para la dicha humana representa el cristianismo.

Realmente, la índole de nuestra obra no permite reproducir lo mucho que se ha publicado para demostrar que la muerte y pasión de Jesucristo es una leyenda; pero pretendemos poner nuestro grano de arena en este empeño, porque consideramos que si se pudiera convencer á los hombres de que el Nuevo Testamento fué compaginado en Nicea, tomando por modelo los Salvadores de las religiones orientales, aprovechando la profecía hebrea y la pretensión de los Mesías de carne y hueso que antes y después de nuestra era se presentaron en varios puntos del mundo, y principalmente en Judea y en Egipto, se les haría mucho bien.

Teósofos, protestantes, evangelistas, espiritistas, lucistas, tolstoístas, anarquistas cristianos... en fin, todas las almas más ó menos impregnadas del espíritu de Cristo, llevan en sí la resignación, el pesimismo y la tristeza de la doctrina cristiana, deprimente y amarga cual ninguna. El hombre sinceramente cristiano, mejor aún, el temperamento cristiano, porque el cristianismo entra en el campo de la antropología, como todos los misticismos, aun el anárquico, con el mejor propósito del mundo no puede ser feliz.

Al cristiano que le falte menos para ser dichoso, le faltará el concepto espléndido, hermosamente espléndido de la naturaleza, la concepción del goce de vivir, sin el cual no es posible interpretar la vida y gozarla, y le faltará también aquel cuerpo y aquel cerebro dispuestos á todas las satisfacciones materiales y á todas las empresas intelectuales.

Los filósofos y hombres de ciencia que se han dado á la tarea de descubrir el misterio que envuelve la conversión de Constantino y el citado concilio, dicen á una que quel emperador no abazó á humo de pajas el cristianismo, sino que lo hizo con su cuenta y razón, que veía muy comprometido su cetro y mermado su imperio, y que

para fortalecer uno y otro, buscó el apoyo del partido cristiano, apoyo que le fué prestado con la condición de que la espada de Constantino se pusiese de parte de Cristo y en contra de los adversarios del cristianismo, el cual entonces andaba de capa caída y no estaba más seguro que el cetro del emperador de Constantinopla. Así se formó una coalición entre los teólogos cristianos y el fundador del imperio de Oriente, y para consolidar esta unión y sacar provecho de ella, celebróse el concilio de Nicea, acordándose quemar todas las apologías, novelas, paradojas y leyendas antiguas y modernas que se referían al cristianismo y que no se compaginaban bien con el criterio de los reunidos, formando con los cuentos y pasajes que se estimaron ortodoxos, corregidos y arreglados por el concilio, el Nuevo Testamento.

Constantino se comprometió á defender á sangre y fuego la nueva obra que tuvo por editores á los obispos y prelados, quienes prometieron á su vez mantener en su nuevo trono al emperador.

Este es el compendio de la obra escrita por los pensadores y sabios citados y que nosotros sintetizamos por lo que pudiera influir en el ánimo del lector.

*
* *

Publicado parte de este capítulo, llega á nuestras manos la última obra de Pompeyo Gener, titulada *Inducciones*, en la cual hay un trabajo que trata del origen del cristianismo desde un punto de vista diferente del que se acaba de leer. Como el artículo en cuestión es una síntesis de lo escrito sobre materia tan delicada, y como viene á ayudar nuestros propósitos y á fortalecer nuestra idea, incluimos en *La evolución de la filosofía en España* el escrito del pensador catalán, al objeto de llevar al cerebro de nuestros lectores todos aquellos datos y hechos que pueden descristianizarlo.

Dice así Pompeyo Gener (1):

«La historia de los orígenes de la religión cristiana ha ocupado gran número de pensadores, como Strauss, Renan, Havet, Ganeval, Reuss, Clermont-Ganneau, Soury, etc., etc. Toda la escuela de Tubinga le ha dedicado sus estudios. Los primeros orientalistas modernos conságranse á ello. Vamos á intentar resumir la evolución que la idea del Cristo ha sufrido á través de la conciencia de los cristianos, según los documentos que nos quedan de cada época, hoy sabiamente recogidos, seriados, traducidos, interpretados y comparados por los antedichos autores.

*
* *

Según las últimas investigaciones de Ganeval, Havet y otros, el cristianismo sería anterior á la época en que se fija el nacimiento de Jesucristo; y en lugar de ser judaico, resultaría de origen greco-egipcio.

Platón había dado la teoría del *Logos* (la Inteligencia), emanación de la divinidad en el Hombre. Los alejandrinos habían formulado la teoría del Dios BIEN, el AGATHOS. A lo que parece, los griegos, durante el reinado de Ptolomeo Philadelfo, quisieron transformar la religión de Osiris, llegada ya á la concepción de Serapis, el dios solar, bajo el aspecto de hijo, en Religión universalista, para tener una creencia oficial del Imperio que sometiera todos los pueblos á su gobierno, especialmente los asiáticos y africanos, que no podían pasarse de mitos. Identificaron, pues, el *Dios hijo* que baja á la Tierra con la emanación del *Dios Agathos*: el *Logos*; y le llamaron los Helenos

(1) Este artículo es sólo la primera parte de un estudio titulado *Cristología* que se publica en el libro indicado antes.

En honor á la brevedad hemos suprimido varias citas que el autor tiene sobre libros que hablan de la materia.—(N. de la R.)

El Xrestos, es decir, *El Bueno*; y los judíos helenizantes, luego, con Filón, *El Verbo*. Ambos grupos, partidarios de tal teoría, según resulta, fueron los primitivos cristianos. Sábese de ellos que, apoyados por el elemento oficial del Imperio griego de los Ptolomeos, partieron en diversas direcciones desde Alejandría á predicar la *buena nueva*, ó sea *el Evangelio*. Este, el primitivo, no es ninguno de los cuatro que la Iglesia admite y enseña, sino uno titulado *Protoplasta*, del cual sólo se conservan trozos citados por Focio.

El Cristo, en esta primitiva época, es impersonal; es la pura emanación de la Divinidad en este mundo; *Luz y Vida*, que da la inteligencia y produce la generación. Como mito, para el vulgo, era el Dios solar que baja á la Tierra, vivifica la Naturaleza durante la mitad del año en que el día crece, y muere con ella cuando en la otra mitad decrece; que baja á los infiernos, á los lugares subterráneos, cuando el sol se pone y resucita cuando se levanta radiante en el espacio, como los muertos que bajan al profundo, y, según se supone, resucitan con él.

La impersonalidad del Cristo y su esencia filosófica eran enseñadas en unos misterios análogos á los de Eleusis y á los de Isis. En este conocimiento de la divinidad, que se comunicaba sólo á los iniciados, estribaba la *Gnosis*. Y cada cual escribía su Evangelio según comprendía el Cristo.

Lo que se enseñaba en tales misterios al triunfar los judeos cristianos, apoyados por el Emperador Constantino en Nicea, fué destruído. Se escogieron los cuatro Evangelios que más analogía tuvieran entre sí y que más coincidieran con la personalidad real del Cristo. Se eliminaron de ellos los resabios de *Gnosis*. Se substituyó el nombre *Iesus* con la palabra *Xrestos*. Y se quemaron todos los demás Evangelios divergentes, que eran muchos. Así desapareció este Cristianismo primitivo; pero, á pesar de esto, encuéntrase aún en mil escritos de los primeros cristianos. Las destrucciones, mutilaciones é interpolaciones de los católicos no han privado á la crítica exagética moderna el que haya podido reconstruirlos. Los vestigios hállanse hasta en los documentos ortodoxos. El mismo Evangelio de San Juan, tal como está hoy, no es más que la relación de un drama ontológico, escrita por un alejandrino del siglo II, partidario de la impersonalidad del Cristo.

Según resulta de los textos de los que después santificó la Iglesia, lo mismo que de los que declaró heresiarcas, hasta cerca del siglo IV, el Cristo no tuvo personalidad real. San Pablo dice que el Cristo viene formado por la reunión de todos los cristianos: así, «Todos somos miembros del Cristo». Según San Clemente, «El Verbo no se ha encarnado, sólo se ha aparecido», y lo llama «El que preside la generación». Para Orígenes «no es ni masculino ni femenino», y «su alma es la misma que la de Adán», es decir, El es el que produjo y continúa produciendo el género humano, *Xresto impulsore*. Ideas análogas tienen de El San Panteno, San Teognoste, San Eulogio, San Metodio y aun San Ireneo. Para todos es el *Logos*, el *Verbo* de Dios, no distinto de El, que en el mundo es sabiduría, razón y vida, que produce la generación de todos los seres y todas las relatividades terrestres que no puede producir el Dios único, el *Agathos*, por ser uno, inmutable é impasible. Este no puede nunca descender á la fenomenalidad sin emanarse y al emanarse viene á ser *el hijo* que produce la fuerza reproductriz y la fuerza comprensiva, y se le llama *XRESTOS, EL BUENO*.

Pero, en esto, una idea de los Neoplatónicos coincide con otra idea de los judeo-cristianos: el *Alma del mundo*, el espíritu motor del Universo de los Alejandrinos, viene á indentificarse con el *Espíritu Santo* de los Beni-Israel.

El Espíritu Santo no es más que el desdoble de la diosa que antiguamente formaba la sagrada pareja con Jehová, ó sea su hipóstasis femenina. Esta diosa, representada con alas, símbolo de la Vida del Espíritu, como la Astarte Fenicia ó la Baalat Babilónica, desdoblóse en mujer que baja á la tierra y personifica á la Naturaleza pasiva, la Tierra fecundada, el mar, en fin, la Venus maria, y su espíritu, que se queda en el Cielo y toma la forma alada de la blanca paloma de Judea, símbolo sacro del Espíritu puro.

Pues bien: dijose que este espíritu divino, llamado Espíritu Santo, fué la emanación que había bajado á producir el hijo de Dios sobre la Tierra, encarnándose en su desdoble personal María. Sostuvieron algunos que sólo había bajado para animar y vivificar al Mundo, de una manera impersonal; mientras que otros afirmaron que había descendido sobre la cabeza de un Hombre predilecto al ser purificado por las aguas de un río sagrado. De las tres opiniones quedan resabios en los Evangelios de la Iglesia. El Espíritu Santo engendra al Cristo; produce Luz, Vida é Inteligencia en el Mundo; y baja sobre Jesús en el momento del bautismo.

Y aquí aparece ya el Hombre Jesús, el cual no es el Cristo en este primer período, sino uno de los que encarnan el Cristo, ó sea la encarnación divina. Para los judeo-cristianos, de ciertas sectas, Jesús era hijo de un carpintero de Nazareth; para los elkesaitas un viejo leproso descendiente de Enoch. Los ebionitas le suponían hijo natural de una perfumista samaritana y de un legionario romano. Pero todo esto hállase sólo en documentos de tercera mano, es decir, en refutaciones posteriores de supuestas teorías heterodoxas. ¿Existió Jesús? ¿Qué fué?

Canneval, de Ginebra, opina que no existió; Havet, lo duda; Renan lo afirma. Según Strauss, fué un reformador; según Jules Soury, un enfermo de megalomanía que si no lo crucifican hubiera muerto, gracias á la degeneración grasienta de su cerebro. Escritos de Jesús no quedan, pues no escribió. Los romanos no lo mentan. El pasaje en que de él habla Flavio Josefo fué interpolado posteriormente. Los Evangelios judaicos, son *Secundum Mateum* ó *Secundum Joannem*, &, es decir, según dice uno que dice que... El mismo San Pablo no lo conoció y habla de El por referencias.

Su personalidad es muy vaga, ó mejor, muy contradictoria. En cada uno de los cuatro Evangelios ortodoxos la tiene diferente. En uno es puramente un ser ontológico. En otro es un taumaturgo que resucita muertos y echa diablos. En otro es un socialista que incita á las turbas á que atenten á la propiedad. Y en otro es un predicador místico que va recogiendo almas para un mundo mejor.

En general, su leyenda es la de todos los mitos solares antropomórficos.

Ser real ó ideal, la procedencia de Jesús es judaica, así como la de Cristo es helénica.

Los judíos partidarios del Cristo, es decir, de la emanación de la Divinidad sobre la tierra, empezaron á propalar que Jesús era el que había obtenido la mayor parte de ella, la mayor suma de Verbo posible. Pronto los más exclusivistas sostuvieron que la había contenido toda, y, por tanto, que el Verbo sólo en Jesús se había encarnado por entero, viniendo á ser dicho Jesús el único Cristo. Sobre la época de la encarnación difirieron también. Según unos, el Espíritu Santo se había encarnado en Él sólo en el momento del bautismo. Según otros, en el momento de la generación, siendo consubstancial con el Padre, es decir, siendo el propio Verbo que había tomado forma carnal, que se había vuelto espeso y tangible al caer sobre la tierra en el seno de un cuerpo femenino predilecto.

Paralelamente á los Judeo-cristianos, los Gnósticos sostenían que la emanación

Xrestos no era la única de la Divinidad; que ésta había tenido varias, y que el Cristo era una de las más imperfectas. Los docetistas añadían que, al bajar al mundo, su personalidad sólo fué una apariencia. «El Cristo es un divino fantasma—decían—que pasó por la tierra y que sufrió pasión y muerte tan sólo de una manera aparente.» Aun hoy los musulmanes conservan dicha teoría como dogma.

Según Manés, era la emanación buena del *Dios impasible*, frente á frente de *Satán* desprendido también de Éste y soberano señor de la materia.

Pero los Judeo-cristianos, y de entre éstos los que pretendían que el único Cristo era su Jesús, fueron haciendo prosélitos entre la plebe romana. Mitra, Orus, Atis, Adonis, Orfeo y otras personificaciones del nuevo Sol vivificando la tierra bajo forma humana, prepararon la conciencia de las turbas, que querían un Dios Hombre. Así en Nicea, ayudados por un emperador, triunfaron de sus contrarios, aniquilando por el fuego todo lo que disenta de su creencia. Luego los filósofos fueron pasados á cuchillo; el Serapeo fué destruido; la biblioteca de Alejandría quemada; los libros de los Padres griegos expurgados; los Paulicianos asesinados; los Eunonianos deportados; los Gnósticos degollados ó estrangulados. Los mismos San Crisóstomo y San Atanasio fueron objeto de persecuciones. El catolicismo nació ya persiguiendo.

*
*
*

Vino luego otra confusión. *Xrestos* quería decir *el Bueno*; pero los cristianos de la plebe, en los siglos bajos del Imperio, tradujeron *Xrestos*, por *Kristos*, es decir, *el Crucificado*; y de ahí el que los Judeo-cristianos, ignorantes, inventaron la historia de una crucifixión (suplicio romano) para explicar la muerte del Dios hijo, que venía en el mito solar. Como los Romanos paganos habían sido sus enemigos, les atribuyeron la responsabilidad de toda clase de desastres, y en especial la de la muerte de Jesús, el único Cristo que ellos decían haber existido.

Los cristianos primitivos, para simbolizar la fuerza solar, el fuego divino bajado á la Tierra, que era lo que personificaba el Bueno, *Xrestos*, habían empleado, como todos los pueblos de la alta antigüedad, la cruz. La emplearon los hombres de las épocas prehistóricas, maravillados de que con dos maderas cruzadas, frotando la una contra la otra, saliese el fuego y la llama. Creyeron ellos que esto era un milagro hijo de la forma en cruz, que representaba la Divinidad en su forma más simplemente esquemática de los rayos solares, y la adoraron sirviéndoles como símbolo del fuego vital, de la luz de la Divinidad haciéndose visible sobre la Tierra.

Adoraron este símbolo los hombres de la edad de Bronce, y tras de éstos los Arios y sus derivaciones: Indos, Persas, Celtas ó Galos Etruscos, Helenos; los Sirios, Fenicios, Caldeos, Egipcios; y los Chinos; y aún se encuentran vestigios de esta adoración hoy entre los pueblos salvajes (1).

(1) Mr. Rámzay ha hecho notar la existencia de cruces *gammées* en el vestido de un personaje de un bajo relieve de Lyconvesia. Un barro cocido, en el que hay una mujer grabada, toda desnuda, llevando encima de las partes genitales un triángulo, cuyo vértice agudo mira hacia abajo, en el centro del cual hay una cruz grabada, como signo de generación y vida; fué descubierto en un túmulo de Tracia, y se conserva en el Museo de Historia Natural de Viena.

En el Museo Guimet, en París, puede verse un Budah chino que lleva en el pecho la cruz del Swatika, una cruz cuyo centro y extremos tienen pequeños discos. Era el signo místico del Emperador Fou Hi, 2953 años antes de la era cristiana. Los primitivos Budistas llevaban algunos, en la mano, un palo terminado con una cruz, tal como ciertos báculos de abades y abadesas de la Edad Media.

En Egipto, todo el mundo que ha estudiado los jeroglíficos, ha visto en casi todas las

Este signo misterioso, pues, ya venerado entre todos los pueblos como imagen de la emanación solar sobre la Tierra, fué uno de los símbolos cristianos más extendidos en el Imperio de Roma, pero considerósele sólo como un símbolo de significación emblemática, sirviendo para decorar la imagen zoomórfica ó antropomórfica del Dios hijo del *Xrestos*, sin que á nadie se le ocurriera el que pudiese significar un instrumento de suplicio, que la leyenda no había inventado aún.

Aquí hay que notar que *cruz*, en latín, no significa *cruz*, sino *horca*, y que por crucificar los Romanos entendían ahorcar, ó poner atados á los condenados en postes que terminaban con un travesaño en forma de T. *Crurefaccio* indicaba la horrible función de ir los legionarios á hacer crujir los huesos de los condenados á martillazos para rematarlos al tercer día, cuando estaban condenados á muerte.

Al inventarse la leyenda de la crucifixión del Dios hijo, para nada se quiso hacer alusión al que se le clavara en un instrumento de forma de cruz, ó sea tal como el emblema solar. Se quiso decir que se le había hecho morir amarrado á un poste, y esto es todo. El *Xrestos* volvióse *Kristos*, el Bueno fué traducido por «el crucificado», ó sea el ajusticiado, el muerto en el poste, y nada más. Precisamente en los primeros siglos la imagen del Cristo se representa con la cruz del fuego, ya sea en la cabeza, como nimbo crucífero, símbolo solar por excelencia, ya sea sosteniéndola con la mano, ya sea como un cordero (y esta es la forma más primitiva) con esta cruz, signo de los rayos del Sol (*agni*) ó como tradujeron, *Agnus Dei qui tollis peccata mundi*, lo cual quiere decir: «Fuego divino, fuerza divina, que quitas ó soportas los pecados del Mundo».

En los tres Evangelios de Lucas, Marcos y Mateo, nada se habla de clavos ni de llevar la cruz á cuestas, y mucho menos en los anteriores, que fueron declarados apócrifos en Nicea. Sólo en el Evangelio de Juan, que evidentemente es el posterior y el más alterado é interpolado, aparece la leyenda de la crucifixión con clavos, y la cruz llevada por el propio Cristo, siendo así que los condenados eran colgados ó atados en postes fijos, árboles ú horcas.

inscripciones la cruz con el asa, símbolo de la generación. En Asiria y en Persia hállase la cruz en el traje de los grandes sacerdotes, en la forma que más tarde se llamó *cruz griega*. Es una especie de broche que sirve para sujetar el manto á la cintura. Véanse las imágenes de Samsi-Bin y de Samsi-Voul, 835 años antes de la era cristiana. Samsi Voul la llevaba al cuello pendiente de una cinta, tal como ciertas grandes condecoraciones modernas. La Astarté Fenicia es á veces representada con una cruz en lo alto de un bastón, como la de las abadesas de la Edad Media.

En Méjico las cruces aparecen grabadas en el templo de Palenque y en el monumento de Cuzco, centro del culto del Sol.

En 1518, el capitán Grijalva, al desembarcar en la costa del Yucatán, quedóse sorprendido de ver el signo de la cruz como emblema divino en los más antiguos templos indígenas.

Los indios Wolpi llevaban en sus danzas sagradas un disco, en un palo, que tenía pintado en el centro otro disco radiante dentro del cual había una cruz. Un dios Galo, análogo al Júpiter latino, lleva una cota con cuatro cruces sobre el cuerpo. En varias monedas galas se encuentran cruces, tales como las de la Edad Media en las monedas de los reyes. (Véase la de Choisy le Roy). La cruz de uno de los siete jefes de Tebas era de aspas iguales, teniendo detrás el disco solar, como muchas cruces cristianas. Los cinturones de Baco estaban adornados con cruces.

Un monumento á Mercurio y una estela de Tesalia, antes de J. C., afectan la forma de una gradería encima de la cual hay una cruz alta, tal como en los cementerios modernos.

La Galera pretoriana de Marco Antonio (30 años antes de J. C.) llevaba como insignia una cruz con una banderola, tal como la que llevan hoy los niños disfrazados de San Juan que van á la procesión del Corpus. (Véase la célebre medalla de Marco Antonio). También se encuentra en pinturas murales de Pompeya y de Herculano, puesta sobre la cabeza de Cupido, como símbolo del fuego del Amor.

Ni en las catacumbas romanas, ni en ninguna sepultura, ni en otra parte en los siglos primeros del Cristianismo aparece la cruz como instrumento de muerte, y el Cristo fijado en ella. La cruz, al contrario, como hemos dicho, significa sólo Vida eterna. Al Cristo crucificado, no le encontramos en documento alguno hasta mediados del siglo VIII.

En todo el siglo VIII, y á partir del IV, la cruz acostumbra á hallarse sólo detrás de la cabeza como rayos solares, ó como nimbo crucífero, es decir, desde el momento en que Jesús fué declarado el *Xrestos*, ó sea la emanación divina. Antes su cabeza no está así ornada, ni tiene forma antropomórfica. En el VIII se le fija en la cruz con los brazos abiertos, pero con túnica larga. En el X, ésta es sólo una falda que le cubre de cintura á rodillas. En el XI y XII empieza á demacrarse, á tener cardenales, vérsese las costillas, y aparece la herida bajo la tetilla izquierda. Luego se le ponen greñas, barba larga, corona de espinas, etc.; pero aún sus brazos siguen la lineación de la cruz. Sólo en el siglo XIII y XIV aparece como cayéndose, con los brazos clavados, de los que pende el cuerpo, y las manos desgarradas, chorreando sangre.

Aquí, y á propósito de la fijación del Cristo en la cruz, trasladaremos una opinión de un sabio exageta, y es la siguiente: Puédese que en el Evangelio de San Juan (que, como está probado, fué compuesto con un relato Alejandrino, Neoplatónico, ó Gnóstico), hubiese influido lo del suplicio de Prometeo, y más que éste, el de Baal, cuya leyenda de la crucifixión era popular en Numidia, tal como lo demuestra una piedra votiva nómada, en que el dios Fenicio está muerto de pie con los brazos extendidos, como los Cristos modernos.

De todo lo expuesto se induce que la leyenda de Jesucristo tal como se ha venido venerando desde la Edad Media, es hija de haber confundido:

1.º *El Bueno*, con *el Crucificado* y *el Ungido*, por un error de traducción de los judeo-cristianos.

2.º De haber tomado la *Cruz*, poste ú horca, como cruz símbolo del Sol bajado á la Tierra, y haber dado al instrumento de suplicio esta forma.

Esto es lo que resulta de los concienzudos trabajos exagéticos de los primeros sabios que se han ocupado del asunto. Así, es indudable ya que el Cristianismo primitivo no fué más que la última de las religiones solares, en que el dios hijo bajó á la Tierra á dar nueva vida á los mortales, derivando especialmente, según todas las probabilidades, de la última evolución del culto de *Serapis* en Alejandría.»

*
* * *

Creemos que nuestros lectores habrán comprendido la importancia histórica, filosófica y científica de lo que acaban de leer y el móvil que persiguieron los autores del Nuevo Testamento.

Sin duda alguna que el espíritu humano necesita un Calvario que le conmueva para interesarse en favor de una doctrina, y es muy probable que esta idea fuera una de las principales que hicieran escribir el Nuevo Testamento.

En nuestros días tenemos el ejemplo de Montjuich. El relato de lo que sufrieron los anarquistas encerrados en aquella fortaleza ha conmovido muchos corazones y abierto no pocas inteligencias á las doctrinas ácratas. ¡Cuántos filósofos antiguos abrazaron el cristianismo conmovidos por el sufrimiento y la serenidad de los cristianos! Además, el pueblo se interesa siempre por las víctimas de cualquier clase y condición que sean, y esta cualidad, que es general en nuestra especie, la ha salvado de muchos naufragios morales y la ha conducido al puerto de la justicia.

Méditese lo siguiente:

Si de lo que en conjunto sufrieron los martirizados en Montjuich, un gran poeta anarquista escribiera la muerte y pasión de un mártir, joven, bello y desgraciado, dentro de pocas generaciones tendríamos un Anárquico y un anarquismo, como se tuvo un Cristo y un cristianismo. Claro que la prueba no puede hacerse porque lo impide la índole misma de la doctrina que pretenderíamos abonar con el martirologio y con el arte, porque es contraria al santonismo y á la idolatría; pero lo que pretendemos demostrar es la identidad de causas psíquicas y de fenómenos sociales que concurren en ambos hechos.

FEDERICO URALES.

(Continuará este capítulo.)

LA ANARQUIA SU FIN Y SUS MEDIOS

XXIV

La propaganda entre los campesinos.

Dificultades de la propaganda entre los campesinos.—Los socialistas ingleses.—La precisión del ideal anarquista es obstáculo para su difusión.—Espíritu de lucha y de perseverancia.—La propaganda se hace donde menos se necesita.—Viajes de propaganda en bicicleta.—Medio de independencia individual.—Una idea de la Federación Jurásica.—Comercio ambulante y anarquía.—Literatura que debemos crear.—Identidad de los males y las aspiraciones entre los obreros industriales y los agrícolas.—Dé cada uno según sus fuerzas.

Desgraciadamente hasta ahora no se ha hecho nada para llevar á los campos la propaganda de nuestro ideal. Este se ha localizado en las grandes ciudades, olvidando que los campesinos, cuya acción en la revolución futura puede aniquilar las fuerzas del proletariado industrial, necesitan conocer nuestro ideal para tenerlos de nuestro lado el día de las grandes reivindicaciones.

Siempre nos hemos quejado de la negligencia y el abandono en que tenemos á los campesinos; pero todos los propósitos de propaganda, al menos hasta el presente, no han pasado del estado de deseo. Nunca se ha hallado el medio de ponerse en contacto con los campesinos.

Los socialistas ingleses, más prácticos que nosotros en este caso, aunque también menos perseguidos, han dado con el modo de llevar su propaganda á los pueblos y aldeas agrícolas. Han construido una especie de coches como las antiguas «diligencias» y en el verano una porción de propagandistas, hombres y mujeres que pueden disponer de tiempo para ello, ruedan á través de los campos distribuyendo profusamente periódicos y folletos, expresamente escritos para los campesinos. El carruaje se convierte en tribuna, y desde ella arengan á los aldeanos, les explican el origen de los males que sufren, les exponen los remedios que juzgan buenos y se esfuerzan en hacerles comprender la belleza del ideal por ellos vislumbrado.

Hay que decir también que las ideas de los socialistas ingleses son mucho más abstractas que las nuestras, y como apenas atacan á la propiedad individual, sus doctrinas han sido apadrinadas por algunos burgueses que, bastante buenos para comprender que el actual orden social es malo, ansían de buena fe algunos hallar un remedio que alivie la suerte de los trabajadores; pero que quieren, sin embargo, arreglar las cosas á satisfacción de proletarios y capitalistas.

Por el concurso de esos burgueses, ricos de buena voluntad, han podido los socialistas ingleses organizar esos carruajes, llamados *red raus*, vagones rojos, y la mayor parte del personal propagandista, así como los fondos para manifiestos y folletos aquéllos los suministran.

Entre nosotros el dinero escasea y la rectitud absoluta de las teorías anarquistas no son muy á propósito para seducir á los buenos burgueses é inducirlos á dar dinero para la propaganda que debe desposeerlos de sus riquezas.

Meterse en un carruaje y convertirlo en domicilio durante algunas semanas para llevar la redentora idea de emancipación obrera hasta la más remota aldea, expuestos siempre á chocar con la autoridad y dar con los huesos en la cárcel, no es tarea á la que fácilmente se prestan los burgueses y las autoridades del continente.

Sin embargo, lo que no puede realizarse inmediatamente, puede hacerse á fuerza de buena voluntad y de paciencia. Acostumbrémonos á reducir las cosas á su verdadera proporción, y dos, tres ó cinco años no parecerán demasiado largos si lo que hemos de realizar y llevar felizmente á la práctica, vale bien la pena.

Esperando siempre una revolución libertadora ó una lluvia de millones, los anarquistas hemos abandonado el espíritu de perseverancia y olvidado, por consecuencia, que la pequeña cotización y la exigüidad de nuestros recursos, alimentados por el entusiasmo y por el tiempo, pueden proporcionarnos lo que no nos es permitido obtener inmediatamente.

Un grupo que se consagrara á poner en práctica la idea de llevar la propaganda á los campesinos haciendo un llamamiento á cuantos estuvieran conformes, podían organizar conferencias y conciertos, para recaudar algunos miles de pesetas, que son los que se necesitan para su realización.

*
* *

En espera de que este proyecto se realice, hay otros menos costosos que pueden llevarse á cabo con más facilidad y algunos de ellos inmediatamente. Estos sólo exigen un poco de perseverancia é iniciativa para su realización.

Hasta ahora, los oradores anarquistas han recorrido las provincias dando conferencias; pero careciendo de fondos casi siempre, han debido limitarse á llevar su palabra sólo á los grandes centros en donde los compañeros son bastante numerosos para sufragar los gastos del viaje.

Así resulta, pues, que la propaganda se ha hecho siempre entre las mismas gentes.

Un orador tuvo en otro tiempo la idea de recorrer la Francia en bicicleta. La idea no se llevó á cabo; pero es factible de realización.

Con bicicleta, los gastos del orador serían insignificantes. Unos cuantos cientos de pesetas para recorrer los pueblos donde no hubiera compañeros, reparar la máquina y vestirse, bastarían para hacer una buena excursión de propaganda. Y los gastos podrían aún ser menos trazando un itinerario de acuerdo con los compañeros, de modo que pudiera facilitarse hospedaje en todas partes, si no en casa de anarquistas, en casa de amigos ó parientes.

Hay entre los anarquistas muchos jóvenes entusiastas deseosos de poder emplear sus fuerzas en servicio de la idea, y que, sin ser grandes oradores, son, sin embargo, sobradamente instruidos para dar conferencias entre el reducido auditorio de una aldea, exponer las ideas sin ampulósidades de ninguna especie y contestar á las cuestiones que pudiesen ponerle los más desenvueltos de la localidad.

Cierto que la vida no podría ser cómoda ni el éxito muy grande; pero sería una existencia sana, conforme con la idea, y el trabajo que se hiciera serio y durable.

¿Por qué los buenos y modestos compañeros que tienen bastante independencia de familia no ensayan esta idea, alejándose de las grandes poblaciones y dejándolas para otros oradores que necesitan público numeroso?

Así podría difundirse el ideal, y la propaganda local levantaría el espíritu independiente de ciertas gentes.

*
* *

Otra idea mejor todavía fué discutida en otro tiempo por la Federación Jurásica. Existen ciertas profesiones, como el comercio ambulante, hojalatero (retameur), fotógrafo, con los cuales puede un hombre ganarse la vida y recorrer grandes y pequeños pueblos, sembrando la idea por todas partes.

Este propósito, en principio, fué puesto en ejecución por la Federación Jurásica, que había comprado ya instrumentos de hojalatero. El compañero que hubiera salido hubiera estado en relaciones constantes con la Federación, y ésta le hubiera remitido periódicos, manifiestos, libros y folletos para esparcirlos profusamente entre los campesinos. Por no sé qué razón los que estaban dispuestos á salir no lo hicieron, y como el centro de propaganda varió á consecuencia de las persecuciones, la idea no tuvo aplicación práctica.

Actualmente, un compañero de muy distinta profesión hace el comercio ambulante vendiendo periódicos y objetos de escritorio; esto le permite propagar sus ideas por todas partes; pues por la índole de su profesión se traslada de pueblo constantemente.

Por desgracia, su ejemplo no tiene imitadores, y aun siendo muy grandes las iniciativas del amigo, poco efecto puede producir su obra sobre 40 millones de habitantes.

Además, vendiendo periódicos y objetos de escritorio, sólo puede estar en las poblaciones de alguna importancia, y lo que se persigue es la propaganda en las pequeñas localidades, en las aldeas y villorrios.

El oficio de fotógrafo es muy á propósito para la idea. Los instrumentos cuestan caros; pero es muy divertido y podrían formarse grupos de jóvenes capaces de hacer una excelente propaganda de la idea.

No hay necesidad de ser un gran orador: un compañero capaz de hacer exposición de las ideas en lenguaje sencillo, sin erudición, es lo suficiente, y tal vez mejor que un orador elocuente, para llevar la convicción á las gentes de escasa cultura.

*
* *

A esto debiera ir unida una literatura que se ocupara especialmente de los asuntos que interesan á los campesinos, y los mismos compañeros que hicieran vida entre ellos podrían observar estos asuntos y convertirlos en temas para crear esta literatura.

Lo mismo los trabajadores de la ciudad que los del campo, en el fondo tienen los mismos enemigos: el fisco, la autoridad, el ejército, el casero. Las aspiraciones son las mismas: más libertad, más bienestar. ¿Acaso no sufren las mismas privaciones, hambre, miseria y tiranía? Enumerar los sufrimientos de unos, ¿no es evocar los dolores de otros?

Nos quejamos de que la propaganda no es eficaz, á juzgar por los «escasos éxitos que obtenemos»; se dice que pasamos el tiempo escribiendo y hablando sin hacer nada más práctico; pues bien, he ahí expuestas algunas ideas que, llevadas á la prác-

tica por jóvenes entusiastas, producirían con seguridad resultados beneficiosos para el ideal.

Unos llevando las ideas por todas las aldeas y poblados, donde seguramente jamás habrán oído hablar de ellas; otros uniéndose para suministrarles los medios de hacer la obra más posible y fructífera, y todos trabajando por la difusión del ideal, es procedimiento que nos honraría y daría provecho.

No tenemos la pretensión de haber indicado todos los medios que existen para propagar nuestros principios entre los campesinos; pero los expuestos tienen por lo menos la virtud de ennoblecer á los que se consagran á su realización y de alejar á muchos de la política corruptora, que tantas energías malogra y á tantos hombres envilece.

El tiempo y los acontecimientos nos indicarán otros; el deber de todos es aportar nuestro grano de arena á la gran obra, á la obra de nuestra común emancipación.

JUAN GRAVE.

Traducción de A. López Rodrigo.

FIN DE LA OBRA

MOVIMIENTO FILOSÓFICO

INTRODUCCIÓN

Si la Filosofía es en general—salvo las diferencias de sentido y dirección—*la unificación del saber*, especie de consagración de la labor científica, infundiéndole la unidad que, en medio de la especialidad de las ciencias particulares, conexiona los resultados de éstas como base, sobre la cual se edifica la concepción general del mundo, el movimiento filosófico actual ha de obedecer á semejante exigencia, denunciando los caracteres más acentuados del progreso científico. Debido éste en primer término, sobre todo en las ciencias naturales, en las históricas y en las sociales, al método positivo, empírico, de él y sólo de él ha de arrancar, aunque sea para combatir, la especulación filosófica. Que para ella se necesita ideas, que es urgente, ya que el pensamiento es el preludio de la acción, un ideal para la vida, pues idea é ideal han de ser sugeridos por el estudio y la observación de los hechos.

Hasta las tendencias restauradoras de las especies fósiles de la Metafísica, entre ellas la más caracterizada del Neo-Tomismo, acuden á la observación positiva para interpretarla, si con cierto barniz de modernismo, como contraprueba de concepciones y sistemas, que quieren convertir en redivivos. Baste citar como ejemplo todo el movimiento, más estimable por la cantidad que por la cualidad, de la Universidad de Lovaina. A partir de la renovación del Escolasticismo, la filosofía tradicional, pasando, á través de los múltiples matices eclécticos de los espiritualistas franceses, á la completa emancipación del pensamiento en el idealismo alemán, para llegar á las escuelas más radicales, lo mismo escépticas que dogmáticas, todas estas fases del pensamiento, más ó menos especulativo, de los hechos se nutren, de la observación positiva toman armas para combatir á sus contrarios y á su modo interpretan el cuantioso y á veces incoherente saber de las ciencias particulares.

Ni los del uno ú otro extremo, ni los del centro, ni aquellos que anhelan soluciones más ó menos conciliadoras prescinden, ni pueden prescindir del saber positivo,

de cuya interpretación se parte como supuesto común para investigar la *unidad*, desiderátum del pensamiento especulativo. Si no asustaran las palabras (1), cuyo significado á veces se desconoce y en ocasiones se altera, para convertirlas en piedra de escándalo, que aterren á los no versados en ciertos asuntos, no había necesidad de insistir en la afirmación evidente de que el movimiento especulativo moderno demuestra, en todas sus variedades, que la filosofía será *monista* ó no será, que la especulación ha de hallar principio de unidad como principio explicativo del saber positivo, ó no tendrá razón de ser.

Y contra los que usan y abusan de los argumentos *ad terrorem* y gustan sonar la caja de los truenos y considerar á la gente culta en un infantilismo perpetuo, que habrá de asustarse con el bú ó el coco de las consecuencias, pudiera aducirse los esfuerzos que hoy mismo emplean, aun los partidarios más acérrimos de lo tradicional, para *unificar el saber*, que es, en fin de cuenta, lo que significa la palabra de origen griego *monismo*. Al menos enterado del tecnicismo científico se le ocurre como objeción incontestable á declamaciones aparatosas, que el principio de unidad (condición *sine qua non* de la existencia de la Filosofía) implica una interpretación, susceptible de varias y aun contradictorias explicaciones y que la que se ha de imponer y ser aceptada dependerá, no del gusto y aficiones de cada uno, sino de lo que muestren y revelen los hechos, los datos positivos, cuya observación exacta se persigue anhelosamente.

Disloca, portanto, el problema filosófico todo aquel que, desconociendo ú olvidando su complejidad, se anticipa con preocupaciones sin cuento á rechazar determinadas consecuencias, que, después de todo, quizá no se infieran del problema mismo, porque si son requeridas por él, nada se conseguirá con huir la vista, pues la verdad tiene los brazos muy largos. Ni de otro lado llega la eficacia y habilidad del talento individual, aun tocando en los linderos del genio, á conseguir que lo que realmente es, deje de ser. Tal vez el hábil sofisma del dialéctico sutil oscurezca momentáneamente la verdad, pero ella habrá de imponerse, ya que aquel que la niega, si logra que en su intelecto no luzca, jamás alcanza su desaparición completa. La obra del pensador (ya lo decía Espinosa) ha de acometerse *sub specie æterni* y, sin prescindir del tiempo, recordando que su indiferencia dinámica carece de vigor para oponerse á lo que realmente es. Aparte de que el sujeto, el que piensa, no ha de concebir la realidad á capricho y gusto propios (ventaja innegable del método positivo, valladar insuperable para todo idealismo subjetivo), sino que su misión es la de intérprete de la realidad, que atestigua la verdad, en vez de crearla ó idearla fantásticamente. Lección de modestia real, viva y práctica, que la labor del pensamiento ofrece á diario á cuantos con sinceridad lo cultivan. Incluso la palabra, en su significación etimológica, lo declara: *sub jectum*, puesto debajo. El sujeto es el súbdito de la realidad, único soberano que decide en el grave problema de la verdad y del error. Las aplicaciones de semejante consideración al problema del mal llamado *libre albedrío*, lo mismo que las pertinentes á la subordinación de lo individual y subjetivo á lo colectivo y social deben ser en este sitio apuntadas, para volver sobre ellas cuando la investigación lo requiera. Infe-

(1) En la indeterminación del tecnicismo filosófico, á veces las más graves cuestiones implican sólo nimias dificultades de palabras. DE ROBERTY dice en su *Sociologie*: «Esta frase —ambigüedad de términos— escrita lentamente por la Historia en el frontispicio de la filosofía de las edades pasadas, caracteriza también la mayor parte de nuestras discusiones filosóficas más graves y de nuestras discusiones de escuela más intransigentes.»

rir ahora las numerosas consecuencias que se transparentan en tal verdad, nos distanciaría del propósito que nos guía de momento, tratando de indicar la índole del movimiento filosófico actual.

Para hallar, en el orden especulativo, principio de unidad, explicativo de todo el saber acumulado y con flexibilidad bastante para comprender el que se atesore en lo sucesivo—única razón de ser de la Filosofía—, será necesario que el pensador (y en parte todos, aun los de escuelas más opuestas, lo cumplen) penetre, sin invadir el terreno de las especialidades, en el saber positivo y dentro de él investigue la unidad, que lo explique y justifique, unidad que no ha de ser una oposición intelectual ó prejuicio del sujeto, sino que ha de brotar de las entrañas de la realidad misma observada. Si, como repite Schopenhauer, todo lo físico es metafísico, el principio por investigar en lo físico ha de serlo, pues del mismo modo que el árbol revela su salud y vigor más en las raíces que en las hojas, la verdad se percibe más y mejor en los silenciosos limbos de la vida que en las aparatosas manifestaciones de ella.

En el punto de cruce de la especulación con la experiencia, el saber positivo, de hecho bruto, se eleva á hecho típico, explicado y justificado, y el pensamiento filosófico deja de ser hiperbóreo y fantástico para convertirse en real y vivo, con trascendencia para la práctica, que guía según un ideal racionalmente concebido. Pero la conjunción, el anhelado principio de unidad, debe ser investigado, tanto en el sujeto que piensa—*problema psicológico*—, cuanto en el objeto pensado—*problema lógico*—, cuanto en la relación de ambos—*problema moral y social*.

Y si el pensamiento filosófico, como todo producto humano, obedece á la ley de la continuidad biológica, sin que pueda ser concebido cual *prolem sine matre creatam*, forzoso será reconocer los precedentes cronológicos, que explican su estado actual como base necesaria de su posible desarrollo en la serie sucesiva del tiempo. Formular los problemas del conocimiento como se ofrecían, por ejemplo, en el siglo XIII y pretender darlos solución en los propios términos que en aquella época pudieran aparecer aceptables, equivaldría á suprimir de una plumada todo el prodigioso desarrollo que ha adquirido la especulación filosófica. Sin que sea enteramente cierto que «la Filosofía se halla en su historia», no se puede ni se debe prescindir por completo de ésta, al punto que toda cuestión, si ha de ser examinada en la complejidad de términos, aspectos y perspectivas que entraña, requiere un análisis histórico-crítico de las soluciones, más ó menos parciales, que haya recibido en el decurso del tiempo. En previsión de tal exigencia, designamos genéricamente el trabajo que emprendemos «Movimiento filosófico», con la mira de indicar el estado actual de los problemas filosóficos en aquellos pueblos que, por hallarse más adelantados que el nuestro (la verdad es superior al patriotismo), vienen hace ya días adoctrinando á las gentes cultas. Sin que con tan sincera declaración creamos inferir agravio al país en que vivimos, pues muchas de las deficiencias que en nuestro pensamiento se hayan de notar, dimanen, más que del individuo, del medio, y en él de causas muy diversas que habremos de enumerar, si no todas, las más importantes, cuando discutamos el problema moral y social.

Con el análisis histórico-crítico podremos orientar el juicio propio en cuantas direcciones haya seguido el de los demás, y así enriquecido, conseguiremos inspirarnos en un amplio espíritu de tolerancia, librándonos por igual del orgullo científico del dogmatismo (sólo es verdad lo que yo pienso) y de la falsa modestia del escepticismo (ya que no hallo la verdad, ésta no existe) para intentar (ojalá lo consigamos) recoger

verdades y eliminar errores, doble misión que acertadamente señala Fouillée al pensamiento filosófico. Expuesto el propósito que nos guía, deseamos sólo que nos ayuden á cumplirlo las fuerzas propias y que no nos falten para ello tiempo y mimbres.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

Enero de 1901.

CIENCIA Y ARTE

CRÓNICA CIENTÍFICA

Los supuestos mensajes de Marte.—Experimentos de Tesla.—Opiniones de Marconi y de Flemmig.—Ideas de Flammarion sobre Marte.—Predicción de las tempestades.—Medida de las temperaturas por medio del teléfono.

Establecer comunicaciones con el planeta Marte, hay que reconocerlo, sería un excelente principio de siglo; pero, desgraciadamente, aún no ha llegado el caso, y mucho temo que M. Tesla, cuya intención es altamente laudable, se haya mecido en dulces ilusiones. El vulgo parece haber tomado la cosa en serio, pero en los medios científicos se ha manifestado gran escepticismo hasta la presentación de pruebas más convincentes.

Según nuestra humilde opinión, los planetas están habitados por seres cuyo organismo está en relación con el medio que les rodea, y Marte, que ofrece con nuestro mundo las analogías más curiosas, podría muy bien poseer habitantes muy semejantes á los de nuestro globo. Es posible que un día se llegue á establecer comunicaciones interplanetarias, pero dudamos mucho que en el estado actual de la ciencia haya llegado ya día tan dichoso.

M. Tesla pretende haber observado, por medio de sus aparatos registradores de las manifestaciones eléctricas de la atmósfera, varios fenómenos de variación de energía, pero de variación aritmética, no debida á la casualidad, sino producidos probablemente por seres inteligentes, y se prepara á contestar á esos llamamientos que cree venidos de Marte. En el curso de una interview ha declarado que considera llegado el momento—y en esto tiene mucha razón—de unir los esfuerzos de los físicos á los de los astrónomos si se quiere llegar á la solución de tan interesante problema. Dejémosle entregado á sus curiosos experimentos y esperemos el resultado. Después de todo, ¿quién sabe? Las ondas hertzianas, que tantas sorpresas agradables nos han causado ya, quizás nos reserven otras más sorprendentes aún.

En Londres, dos hombres competentes, M. Marconi y el profesor Flemmig, han manifestado ya su opinión. Para el primero, el fenómeno que tanto ha llamado la atención de M. Tesla sería debido exclusivamente á la electricidad atmosférica: las supuestas señales enviadas por Marte no serán otra cosa que perturbaciones atmosféricas muy comunes en las regiones donde opera M. Tesla. El profesor Flemmig, más escéptico aún, no cree insoluble el problema, mas para él no ha sido resuelto aún.

M. Flammarion ha emprendido en Francia la tarea de negar las conclusiones del sabio montenegrino. La unión de físicos y astrónomos no parece sonreír al popular

escritor francés. En todo caso, si hay persona en el mundo persuadida de la habitabilidad de los planetas en general, nadie como el autor de los *Récits de l'Infini*, obra mucho más fantástica que cuanto puedan serlo las concepciones de M. Tesla.

He aquí cómo en otra obra—sería ésta—se expresa M. Flammarion á propósito de Marte y de sus habitantes:

«Este mundo y su humanidad deben ser más avanzados y sin duda más perfectos que nosotros. Si se admite que los cuerpos celestes han sido formados por la condensación ó aglomeración consecutiva de las moléculas primitivamente esparcidas en un espacio inmenso, los principios de la teoría mecánica del calor demuestran que la temperatura resultante ha sido de 28 millones de grados para el Sol, de 9.000 para la Tierra y de 2.000 para Marte. Si á esto se añade que Marte ha debido desprenderse de la nebulosa solar bastantes millones de siglos antes que la Tierra, se admitirá con gran apariencia de probabilidad, que ese mundo debe hallarse actualmente enfriado hasta su centro, y su superficie no debe sufrir ya, como la de la Tierra, la influencia de las fuerzas geológicas interiores que continúan elevando nuestros terrenos y modificando nuestras costas. Una gran parte de las aguas parece hallarse absorbida, y la forma estrecha y prolongada de sus mares parece indicar el fondo de sus antiguos cauces.»

En otro pasaje, el mismo astrónomo afirma que la existencia, hoy cierta, de los continentes y de los mares sobre el planeta Marte, manifiesta que nuestro vecino ha sido sometido, como la Tierra, á movimientos geológicos interiores que han producido elevaciones y depresiones de terreno; que ha sufrido terremotos y erupciones que han modificado la corteza terrestre, y, por consiguiente, debe haber montañas, valles, mesetas, surcos y acantilados. Las aguas pluviales volverían al mar por sus correspondientes cauces, lo mismo que aquí; la gota caída de las nubes atravesaría los terrenos permeables, se deslizaría sobre los impermeables, saldría nuevamente á luz en limpio manantial, correría murmurante por alegre arroyuelo y descendería majestuosamente por el río hasta su desembocadura.

M. Flammarion cree, pues, que en Marte se desarrollan escenas análogas á las que constituyen nuestros pasajes terrestres, como lo expresa por las siguientes palabras:

«Así, pues, he ahí en el espacio, á algunos millones de leguas de aquí, una tierra casi semejante á la nuestra, donde todos los elementos de la vida se hallan reunidos, lo mismo que alrededor nuestro: agua, aire, calor, luz, vientos, nubes, lluvia, arroyos, fuentes, ríos, mares, valles, montañas. Para completar el parecido, recordemos que las estaciones tienen allí casi la misma intensidad que en la Tierra, y que es un poco mayor la duración del día. Es aquella una mansión poco diferente de la que habitamos.»

Y en otro lugar:

«La analogía de Marte con la Tierra no cesa cuando se examina este planeta desde el punto de vista de los seres animados que deben poblarle. *Sus habitantes deben ser considerados como aquellos cuya conformación debe aproximarse más á la nuestra.*»

Como se ve, si M. Flammarion niega las conclusiones de M. Tesla, no es porque tenga dudas acerca de la habitabilidad de Marte, sino sencillamente porque, como Marconi, Flemmig y muchos otros sabios, han creído que los experimentos del célebre rival de Edison carecían de base científica.

Conviene, no obstante, no desanimar al audaz investigador; ánimo, por el con-

trario, á proseguir sus trabajos, y aunque no logre establecer comunicaciones interplanetarias, acaso muestre el camino á sus sucesores.

*
* *

Esperando que las ondas hertzianas nos pongan en comunicación con los habitantes de los otros mundos, lo cierto es que las tales ondas continúan prestándonos en la Tierra importantes servicios.

Utilizando el principio de la telegrafía sin hilos, dos físicos italianos, Boggio y Thomasina, han llegado á predecir las tempestades con diez horas de anticipación. A este efecto, emplean el receptor registrador de las descargas atmosféricas. El aparato lleva el nombre de electro-radiógrafo y telegrafía la aproximación de las tempestades por el procedimiento Marconi. En cuanto una onda eléctrica proveniente de una descarga eléctrica obra sobre el tubo de limaduras, que se convierte en conductor, márcase un rasgo en el circuito donde está intercalado, y si los rasgos llegan á ser numerosos y se aproximan, es prueba de que se acerca la tempestad.

El aparato ha sido modificado por la interposición en el circuito de un teléfono, y entonces, cada descarga, olando á la vez sobre el teléfono y sobre una sonería, se oye llegar la perturbación.

Precedentemente, aun antes del descubrimiento de las ondas hertzianas, un sabio ruso, el doctor Lenz, había inventado una aplicación análoga del teléfono á la medida de las temperaturas á distancia. Reunía dos estaciones por dos alambres, uno de hierro y otro de plata, soldados á las dos extremidades; cuando una de las soldaduras está á temperatura diferente de la otra, circula una corriente termoeléctrica á través de estos alambres. Lo mismo que en el experimento de Boggio y Thomasina, Lenz introdujo un teléfono y además un interruptor.

El teléfono se hace oír hasta el momento en que el observador en la otra estación eleva ó baja la temperatura de su soldadura hasta hacerla idéntica á la de la primera estación, y entonces cesa la corriente.

El doctor Lenz ha llegado á determinar por este procedimiento temperaturas á distancia con gran precisión. Es, pues, en cierto modo, su invento, aplicado á diferente objeto, que acaba de utilizarse en Italia.

Poco á poco, todas las adquisiciones que ha hecho la ciencia por medio de los conductores eléctricos, serán utilizados por medio de la telegrafía sin hilos. Eso explica los rápidos progresos que hace esta nueva rama de la electricidad.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

Hoy empezamos á publicar el hermoso drama del pensador y artista francés Octavio Mirbeau, *Los malos pastores*, del que daremos medio acto cada número sin interrupción.

También inauguramos la sección del «Movimiento filosófico extranjero», que corre á cargo del filósofo español U. González Serrano.

La sección inaugurada en el número pasado dando á conocer las manifestaciones artísticas de todo el mundo, se dará una vez al mes.

LOS MALOS PASTORES

DRAMA EN CINCO ACTOS

PERSONAJES:

MAGDALENA	PRIMER PORTADOR
JUAN ROULE	2.º IDEM
HARGAND	FRANCISCO GOUGE
CAPRON	JULIO PACOT
ROBERTO HARGAND	PEDRO AUSEAUME
DUHORMEL	JOSÉ BORDES
DE LA TROUDE	UN CRIADO
LUIS THIEUX	PEDRO PEINARD
FELIPE HUSTEAUX	LA MADRE CATHIARD
UN CURIOSO	GENOVEVA
MAIGRET	MARIANA RENAUD
CEFERINO BOURRU	UNA CAMARERA

HUELGUISTAS, MUJERES DEL PUEBLO, ETC.

ACTO PRIMERO

Interior de la casa de un obrero en una ciudad industrial. Puerta al fondo entre dos anchas ventanas, por donde se ve una fábrica con altas chimeneas y varios cuerpos de edificio. A derecha, contra el tabique, dos camas de niño, y sobre el piso un colchón. A izquierda, una puerta que da acceso á otra habitación. En el centro de la escena, cerca de un pequeño hornillo, cuyo tubo curvado se introduce en la pared, una mesa llena de ropa para recoser. Distribuido por todas partes, un bufete, sillas con el asiento roto, mobiliario pobre.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA, LOS NIÑOS, ACOSTADOS

(Al levantarse el telón, Magdalena ha concluido de acostar á los niños. Cantando en voz baja les abraza en la cuna.)

Magdalena. Eso es, queridos míos... dormid... *(Se queda un instante inclinada sobre las camas. Cerca del hornillo hay un puchero calentándose. La puerta del fondo abierta sobre la ciudad. A lo lejos se ve la fábrica envuelta en densas nubes de humo, bajo un cielo obscuro; á medida que el día concluye van encendiéndose las luces... Obreros por la calle pasan encorvados por efecto del cansancio. Uno de los niños empieza á gritar.)* Pablo, hijo mío, cállate... duerme. *(El niño calla... Magdalena va á sentarse cerca del hornillo y delante de la mesa; enciende la lámpara y cose. Un obrero pasa cantando. Se aleja; el canto disminuye hasta no oírse... Profundo silencio... Entra la madre Cathiard, vieja, delgada... un puchero en la mano.)*

ESCENA II

MAGDALENA, LA MADRE CATHIARD

Madre Cathiard. ¿Tiene usted un poco de caldo que prestarme, Magdalena?

Magdalena. Sí, madre Cathiard... Precisamente esta mañana me han mandado un poco del castillo.

Madre Cathiard. Es para mi hijo. Acaba de llegar ahora mismo con una calentura... una calentura... ¡Que no me caiga siquieral...

Magdalena. No tema usted, madre Cathiard. ¿No sabe que aquí se vive en perpetua calentura... y que no podemos comer? *(Se levanta, le coge el puchero y pone caldo.)* He ahí todo el que puedo darle.

Madre Cathiard. Gracias, Magdalena... *(Señalando la puerta de la izquierda.)* ¿Y su madre de usted?

Magdalena. Está peor... ¡Sí, bastante peor!

Madre Cathiard. ¡Ya veis!... ¡Una mujer tan fuerte! Bien se lo decía yo... Se mataba trabajando; pasaba las noches enteras cosiendo.

Magdalena. ¡Ciertamente! ¡Pero no había otro remedio; era preciso!

Madre Cathiard. Y usted también, Magdalena, vaya con cuidado; ha perdido usted mucho de poco tiempo acá... ha desmerecido bastante su cara... á su edad es eso un mal síntoma... un mal síntoma!

Magdalena. Es preciso que el trabajo se haga, madre Cathiard... hay que ganarse la vida... Yo soy más fuerte de lo que parece.

Madre Cathiard. *(Sentándose cerca de Magdalena con el puchero sobre las rodillas.)* ¿No lo sabe usted, Magdalena...? Renaud, Thorel y Loudier han sido despedidos del trabajo esta mañana... Alguna nueva canallada de Maigret será tal vez...

Magdalena. Son, sin embargo, muy buenos obreros...

Madre Cathiard. Sí, pero... *(mirando á su alrededor con desconfianza y en voz baja)* parece ser que el domingo se alabaron de haber votado contra el patrón... Habían bebido un poquito y... ¿comprende? Aquí... debemos meternos la lengua en el bolsillo... Se dice cualquier cosa así... sin malicia... media hora después lo sabe Maigret y se ha concluido... La pobre mujer de Renaud está en cinta nuevamente... Su séptimo hijo, querida mía... Es preciso que esté loca. Yo creo que el patrón no debe saber la verdad de cuanto aquí ocurre; M. Hargand es duro y enérgico, pero no es injusto, y Maigret hace cuanto puede para que le odien.

Magdalena. Tiene usted razón, mucha razón.

Madre Cathiard. Desde la muerte del ama todo va de mal en peor aquí; el día que murió perdimos una gran cosa. Esta pobre tonta de Genoveva no la reemplazará jamás... Oiga, hoy al medio día he estado en el castillo.

Magdalena. ¡Ah!

Madre Cathiard. Sí; ahora soy yo, la que sirve á la señorita Genoveva, como antes lo hacía la madre de usted. Me pone en la cabeza una cosa encarnada y un delantal con rayas azules sobre las rodillas, una toquilla amarilla sobre los hombros y á veces un canastillo de naranjas á mis pies... Qué invenciones... Si viera usted qué boato... Cuántos objetos tiene allí; hay que verlo; espejos, bufetes, tapices de muchos colores. ¿Sabe usted lo que me ha dicho?... Pues que soy más hermosa que vuestra madre, que tengo... no sé cómo me ha dicho... cara de... marfil. Además me ha dado dos francos. ¿Le daba eso á vuestra madre?

Magdalena. Sí, señora.

Madre Cathiard. Eso me ayuda un poco. *(Se levanta.)* ¡Ah!, ¿sabe usted? M. Robert ha llegado de París esta mañana. Me parece que ha hecho paces con su padre... hacía muchos años que no había venido por aquí.

Magdalena. Unos cuatro.

Madre Cathiard. Desde la muerte de Mme. Hargand... Es un buen chico, hija

mía; muy amable y cariñoso... el retrato de su madre. Sí; dice que ahora es anarquista y que si fuera amo de la fábrica la daría á los obreros. ¿Será verdad eso?

Magdalena. Se dicen tantas cosas.

Madre Cathiard. Seguramente; pero, sin embargo, M. Robert es un hombre justo y muy humilde y tiene en mucha estima á los obreros... En fin, me marchó. *(Enseñando el puchero de caldo.)* Mañana se lo devolveré. Buenas tardes, Magdalena, y más suerte en casa.

Magdalena. Gracias, madre Cathiard.

Madre Cathiard. Y si tenéis necesidad de mí esta noche, llamadme.

Magdalena. Sí, sí; buenas tardes.

Madre Cathiard. Buenas tardes. *(Vase. Ha oscurecido casi completamente. Siluetas de obreros pasan rápidas por la calle. La fábrica iluminada se destaca sobre el cielo obscuro. Se oye el ruido de las máquinas. Magdalena trabaja... Entra Juan Roule.)*

ESCENA III

JUAN ROULE, MAGDALENA

Juan. Buenas tardes, niños.

Magdalena. Buenas, señor Juan.

Juan. ¿Y el padre, ha ido á la fábrica?

Magdalena. No, señor Juan. No irá esta noche á la fábrica. *(Señalando la puerta de la izquierda.)* Está con mi madre.

Juan. ¿Y qué?

Magdalena. No hay ninguna esperanza.

Juan. ¿Ha venido el médico?

Magdalena. Sí; hace poco. Le ha puesto la mano en la frente, le ha tomado el pulso y ha dicho que no hay nada bueno que esperar, y se ha marchado. *(Pausa.)* Ya no volverá más. *(Pausa.)* ¿Han llamado?

Juan. No. *(Escuchando hacia fuera.)* Es que cantan por allá lejos, ó lloran; la voz á tanta distancia no se distingue...

Magdalena. *(Escuchando.)* Sí; es verdad, no es aquí. *(Levántase, no obstante, y va hacia la puerta, la abre despacio y mira. Vuelve hacia la mesa.)* Mi madre parece estar más tranquila y padre duerme. *(Sentándose y poniéndose á trabajar.)* Está tan cansado... Dos días hace que está á su lado sin dormir y sólo hoy deja de ir á la fábrica...

Juan. Usted también, Magdalena, parece estar muy cansada... Debiera acostarse y descansar un poco.

Magdalena. Estoy muy atrasada en los trabajos, y además es preciso que esté siempre yendo y viniendo. Cuando madre pide algo, padre es como un niño, no sabe dónde están las cosas. Si trabajo aquí es porque cerca del lecho de mi madre la molesto, la enervo con el ruido de la aguja.

Juan. *(Andando por la sala.)* ¡Pobre Clemencia! *(Silencio.)* Mientras ha podido tenerse de pie ha trabajado... El día que cesó es que estaba ya muerta. *(Se sienta en un rincón.)* ¿Qué edad tiene?

Magdalena. Cuarenta y cuatro años.

Juan. *(En tono de tristeza.)* ¡Cuarenta y cuatro años! *(Silencio.)* Con su pobre cara arrugada y su cabeza blanca, parecía tener setenta... ¡Cuarenta y cuatro años! *(Silencio.)* Aquí hay muchas personas que no llegan ni siquiera á esa edad. En esta tierra

sólo se respira la muerte. *(Se oye el silbido y el sordo rumor de la fábrica.)* ¡Era, sin embargo, una mujer robusta y animosa!... ¡Tenía vida!

Magdalena. Sufría mucho.

Juan. Es igual.

Magdalena. ¡Ha sufrido tanto y de tantos modos! Pedro, un niño tan hermoso y bravo, muerto por la máquina. José, tísico á los diez y nueve años. La muerte de éste fué para ella un golpe muy rudo.

Juan. Sí, sí.

Magdalena. Es lástima que usted no los haya conocido, señor Juan.

Juan. Sí, sí. *(Silencio.)* ¿Vuestra madre debió ser hermosa en otro tiempo?

Magdalena. No sé, no recuerdo; yo la he conocido siempre como ahora, como estaba un año atrás cuando usted la conoció. La enfermedad y los años apenas si la han cambiado...

Juan. Yo no le era simpático.

Magdalena. Es verdad; le parecíais sombrío; os tenía miedo.

Juan. ¿Y á usted, Magdalena?

Magdalena. ¡Oh!, yo no tengo miedo de usted, señor Juan.

Juan. No me llames así; ¿por qué me dices señor Juan?

Magdalena. No sé... no lo puedo remediar... porque usted no es como los demás... porque usted es más que los otros... No comprendo siempre lo que dice, y sus palabras tienen un significado que no entiendo algunas veces... pero siento que son hermosas, que son justas! Mi madre es demasiado anciana para comprenderos.

Juan. Yo no soy más que los otros, Magdalena; soy igual que todos, un desgraciado, un explotado como los demás. Tengo la tristeza metida en el alma, porque he visto muchos países, muchas miserias y no siempre tengo toda la fuerza y toda la energía que quisiera tener... ¡Sin embargo, tengo mucho odio!

Magdalena. Ignoro si tiene usted mucho odio... sólo sé que se porta muy bien con mi padre... que quiere mucho á mis hermanitos y á mí...

Juan. ¡Es cierto... os quiero mucho á todos, y quisiera que fuéseis felices!

Magdalena. Nadie es feliz aquí, se... *(conteniéndose por un gesto de Juan)* ¡Juan!

Juan. Nadie es feliz, ni aquí ni en otra parte.

Magdalena. ¡Juan! ¡Juan!; usted sobre todo es quien no es feliz!...

Juan. *(Se levanta y se pasea por la sala para ahogar la emoción que le embarga.)* De modo que usted se va á convertir en mamá de toda esta pequeña gente *(señalando á los niños dormidos)*; es usted muy joven para un trabajo tan rudo... y su padre empieza ya á ser viejo. *(Magdalena llora.)* ¿Por qué llora usted, Magdalena?

Magdalena. *(Conteniendo el llanto.)* Tal vez porque estoy cansada; tal vez por mi madre, por usted quizá, Juan. Desde que usted ha entrado, que siento necesidad de llorar. *(Llorando con desahogo.)* Y además yo no puedo... no podré nunca... no tengo bastante fuerza... ¡Juan, Juan! Jamás podré ser lo que mi madre... Y no quiero... no quiero que así sea. Antes la muerte mil veces.

Juan. *(Cogiéndole las manos.)* ¡Pobre Magdalena! *(Cálmase.)* Llorar... tus nervios tienen necesidad de esas lágrimas.

Magdalena. Excúseme, usted, perdóneme... Esto ha concluido. *(Reanima el fuego donde cuece la comida; pónese á coser. Juan va hacia la puerta. Es completamente de noche. De la fábrica sale luz por todas partes. Se oye ruido de martillos. Por la calle pasan obreros; hablan en voz baja y desaparecen. Luis Thieux sale del cuarto de la enferma.)*

ESCENA IV

LOS MISMOS, LUIS THIEUX

Luis Thieux. Magdalena, tu madre te necesita. (*Fijándose en Juan.*) ¡Ah! Eres tú.

Juan. ¿Qué hay?

Luis Thieux. La desgracia no puede salir de aquí. (*Magdalena va hacia el cuarto de la enferma.*) ¡Esto no es justo!

Magdalena. He acostado á los niños; estaban rendidos de sueño.

Luis Thieux. Has hecho bien... Su madre no los llamará más. (*A Juan*) Me reconoce aún; pero ya no comprendo lo que dice. (*Sale Magdalena.*)

ESCENA V

LOS MISMOS, MENOS MAGDALENA

Luis Thieux. No saldrá de esta noche... Yo me he dormido á su lado como un bruto. Jamás me hubiese figurado que esto pudiese llegar... ¡Qué va á ser de mí sin ella! (*Juan, melancólico, se pasea por la sala. Cierra la puerta y se sienta cerca del fuego. Luis Thieux mira á los niños.*) ¡Qué será de todos estos pequeños en adelante!

Juan. ¡Un poco más de miseria y de dolor!...

Luis Thieux. ¡Esto no es justo!

Juan. ¡Y éstos se irán como se fueron los dos mayores!

Luis Thieux. ¡Esto no es justo!... ¡Esto no es justo!

Juan. ¿Qué es lo que no es justo?

Luis Thieux. Yo jamás he hecho mal á nadie... fui siempre un buen obrero...

Juan. ¿Y qué?

Luis Thieux. Pues que esto no es justo.

Juan. ¡Sí, no ha de serlo! ¡Puesto que tú lo quieres... puesto que te obstinas en quererlo!...

Luis Thieux. ¡No, no... cállatel... ¡No me hables de eso en este momentol... ¡Sufro demasiado!

Juan. Entonces, esperaré, esperaré á que seas feliz... á que hayas muerto, que Magdalena muera, que todos hayáis muerto aquí. Y esto no se hará esperar. ¿Pero es que no ves nada de lo que ocurre á tu lado? ¿No ves la palidez de tu hija y su cara de mujer cansada, cuando apenas cuenta diez y ocho años? ¿No ves sus mejillas encendidas, los labios lacios, y los pobres pequeñuelos demacrados, medio muertos?

Luis Thieux. ¡No me hables de esas cosas! (*Saca de un cajón un pedazo de pan é intenta comer.*) No tengo hambre, y, sin embargo, no he comido desde ayer. No he tenido tiempo, y ahora siento que esto no pasa... se queda aquí. (*Mete el pan en el cajón, bebe agua y se sienta en un rincón. Prolongado silencio.*) Y tú, ¿no vas esta noche al taller?

Juan. No. (*Se aproxima á Thieux... Dándole un golpe en el hombro.*) Vas á tener un aumento en tus gastos, y no debe quedarte una peseta... Toma esto. (*Le entrega algunas monedas de plata.*)

Luis Thieux. ¡Te debo ya tantol

Juan. Esto es dinero que hemos ganado juntos, y te pertenece. (*Luis da las gracias silenciosamente y vuelve á su actitud abatida. Juan se pasea por la sala. Llaman á la puerta.*) Han llamado á la puerta, ¿verdad? (*Llaman nuevamente.*)

Luis Thieux. ¡Adelante! (*Entran Roberto y Genoveva. Esta trae un cesto; viste con sencillez.*)

ESCENA VI

GENOVEVA, ROBERTO, JUAN, LUIS THIEUX

Luis Thieux. ¡Ah, señorita Genoveva... señor Roberto!... Está usted entre nosotros, señor Roberto. Cuánto tiempo sin verle por esta tierra.

Roberto. He llegado ahora mismo. Genoveva me ha dicho que su esposa estaba enferma... Pobre amigo Thieux. *(Le da un apretón de manos.)*

Luis Thieux. Sí, sí; una gran desgracia, señor Roberto.

Genoveva. *(Dejando el cesto sobre la mesa.)* Y qué, ¿cómo sigue la enferma?

Luis Thieux. ¡Ah! señorita; mal, muy mal.

Genoveva. Pero en fin, ¿qué es lo que tiene?

Luis Thieux. Pues ¡qué ha de tener! Que no le quedan más fuerzas; que ha trabajado mucho. Su vida se extingue... ¡Muere de cansancio, de pena!

Genoveva. Me parece que se alarma usted sin razón. ¡Reposo, reconstituyentes!... Precisamente yo le traía vino viejo y otras cosas buenas que tal vez la fortalezcan.

Luis Thieux. ¡Oh, señorita!... Es usted muy buena. Pero ya no puede tomar nada... Está perdida.

Genoveva. ¿Pero es cierto? ¡Oh, esta desgracia me hace sufrir mucho!... Vosotros, los viejos fieles á quien yo quiero tanto... Diga, ¿podría yo verla?

Luis Thieux. Sí, señorita.

Genoveva. *(Haciendo un ligero reparo.)* ¿Está muy cambiada? ¿No me dará miedo verla? Yo no puedo ver estas cosas...

Luis Thieux. ¡Oh, no; está muy natural... muy tranquila!... Parece que está durmiendo... Se alegrará de veros por última vez.

Genoveva. ¿Cómo, por última vez? Yo volveré, volveré todos los días. Ya verá usted cómo nosotros la curamos. *(Apercibiéndose á los niños.)* ¡Oh, pobrecitos niños, qué tranquilos, qué hermosos! ¿Y Magdalena?

Luis Thieux. Está al lado de su madre.

Genoveva. Qué hija tan buena. ¿Por qué no viene á verme alguna vez? Dígale usted que venga con frecuencia á visitarme.

Luis Thieux. Es algo huraña.

Genoveva. Yo la haré más tratable. La quiero mucho. Dígale usted que la quiero mucho... ¡Ah, pobre Clemencia! *(Examina las labores que Magdalena ha dejado.)* ¿Se acuerda usted cuando jugábamos?... ¡Tenía una cabeza tan hermosa, tan triste!... Una verdadera *Mater Dolorosa*. Hoy todo esto me conmueve. *(Acercándose á Thieux.)* Yo os haré un retrato, un gran retrato de Clemencia. *(Roberto se impacienta por las palabras de Genoveva.)*

Luis Thieux. ¡Oh, señorita!...

Genoveva. Sí, sí; un gran retrato... Lléveme á su lado... Quiero verla... ¡Qué desgracia! Tan buenas gentes... Tanto tiempo entre nosotros.

Luis Thieux. Desde hace veintisiete años, señorita.

Genoveva. ¡Veintisiete años! Es admirable tanta constancia. *(Señalando el cesto.)* Traigo dulces para los pequeños y un vestido para Magdalena. *(Se dirige hacia la puerta acompañada de Thieux.)* Qué pena voy á sentir al verla. *(Entran en la estancia de la enferma.)*

(Durante esta escena, Juan ha mirado con odio á Genoveva y á Roberto. Una vez solo con

él se levanta, se cubre y se dirige hacia la puerta, afectando no mirar á Roberto. Por la puerta abierta se ve la fábrica envuelta en luz, humo y ruido.)

ESCENA VII

JUAN, ROBERTO

Roberto. ¿Se marcha usted?

Juan. Sí

Roberto. ¿Soy yo acaso quien os hace huir?

Juan. No.

Roberto. ¿Trabaja usted en la fábrica?

Juan. ¿Qué os importa? *(Va á marcharse.)*

Roberto. Espérese un momento; se lo ruego... Dígame su nombre, hágame el favor.

Juan. Yo no tengo nombre.

Roberto. ¡Ah! *(Corto silencio.)* ¿Por qué me habla usted así? ¿No me conoce usted?

Juan. ¿Por qué me interroga de ese modo? No tengo nada que deciros.

Roberto. *(Le da la mano de amigo.)* Yo soy su amigo.

Juan. *(Mirándole de arriba abajo con desdén.)* Sí, sí, lo sé. ¡Estoy en el secreto! El hijo del amo, revolucionario, socialista... anarquista tal vez. Está de moda hogaño entre los burgueses y además es original y viste mucho... Una nueva distracción, un lujo que os podéis permitir con los millones que producimos los obreros. *(Violento.)* En fin, déjeme en paz.

Roberto. Os prohibo dudar de mi sinceridad.

Juan. Y yo os prohibo que me creáis imbécil.

Roberto. He dado ya retribuciones y pienso dar más todavía.

Juan. Vuestras predicaciones... ¡Vuestros artículos y libros! Los conozco... los he leído... Sí, los he leído... Es enternecedor, en efecto. ¡Reconciliación!... Felicidad universal... Fraternidad. ¿Y qué más? ¡Ah, farsantes, farsantes! Prefiero á vuestro padre... Es duro, implacable, nos mata de hambre, nos abruma con el trabajo. Con él, al menos, no hay, no puede haber error.

Roberto. No se trata de mi padre... Se trata de mí.

Juan. *(Levantando los hombros.)* ¿De usted? Vaya, vaya con esas sinceridades á mis pobres compañeros de desgracia; á esas desgraciadas bestias embrutecidas por los sufrimientos, que no saben lo que quieren y que sólo creen en la importancia de las palabras. Yo sé lo que quiero y sólo creo en la importancia de los actos.

Roberto. *(Con tristeza.)* ¿Está usted cierto de que sabe lo que quiere?

Juan. *(Con violencia.)* Quiero vivir con toda la intensidad de mi cuerpo, con todas las sensaciones de mi carne, las satisfacciones de mi cerebro, las facultades de mis órganos. No quiero ser bestia de carga apaleada ó máquina inconsciente que trabaja para los demás; quiero ser hombre, en fin, pero un hombre en toda la extensión de la palabra. Mas ¿para qué os digo yo todo esto?... Son cosas que á mí solo pueden interesar y á nadie más. ¡Salud! *(Quiere alejarse.)*

Roberto. *(Deteniéndole.)* ¿Y si yo os facilito los medios de llegar á ser ese hombre, de vivir con la dignidad que anhelaís?

Juan. Calle usted por favor... ¿Caridad? ¿El cesto de vuestra hermana? ¿La di-

vina limosna de una peseta? ¿Las migajas de vuestra mesa? ¿El insulto de vuestra piedad?

Roberto. No; ni limosna ni piedad. La fe en usted mismo.

Juan. (*Amenazador.*) La tengo.

Roberto. Y en mí...

Juan. (*Con ironía.*) Muchísimas gracias por el regalo... Sé bien lo que cuesta. Es usted muy popular aquí... En las llamas y en el humo, ardiendo devorados y convulsos bajo el peso del hierro fundido, hay en este país miles de seres humanos que esperan de vuestra personalidad algo, sin saber qué... Actualmente es usted el ángel de su redención... Vuestro nombre alimenta sus quimeras y mata su espíritu de protesta. Mañana seréis tal vez diputado.

Roberto. ¡No seáis irónico! Eso ni es digno de usted ni de mí.

OCTAVIO MIRBEAU.

(Continuará.)

PARIS

(Continuación.)

El marqués era un anciano de setenta y cinco años, nueve más que la condesa. De escasa estatura y enjuto, tenía, no obstante cierto aire distinguido, con su rostro muy bien afeitado y sus profundas arrugas. Perteneciente á una de las más antiguas familias de Francia, era uno de los últimos legitimistas sin esperanza, muy puro y rígido, y conservando su fe á la monarquía muerta en el derrumbamiento de todo. Su fortuna, apreciada aún en millones, era como un capital muerto, porque no quería hacerla fructificar, poniéndola al servicio de los trabajos de la época. Sabíase que había amado discretamente á la condesa en vida del señor de Quinsac, y que después de la muerte de éste se había ofrecido, cuando la viuda, ya mujer de más de cuarenta años, había ido á refugiarse en aquel húmedo piso bajo, disfrutando de una renta de quince mil francos, que pudo salvar con no poco trabajo. Pero adoraba á su hijo Gerardo, que entonces contaba diez años, y habíale sacrificado todo por una especie de pudor maternal, por el temor supersticioso de perderle si entregaba á otro su ternura, contrayendo un nuevo deber en su vida. El marqués, no obstante, siguió adorando á la condesa con toda su alma, y hacíale la corte como la primera noche en que la vió, siempre atento y obsequioso al cabo de un cuarto de siglo de fidelidad absoluta. Jamás habían llegado siquiera á darse un beso.

Al verla tan triste el marqués, temiendo haber incurrido en su desagrado, añadió:

—Hubiera querido ver á usted más feliz; pero no supe conducirme bien, y seguramente la culpa es mía... ¿Sufre usted algún disgusto por causa de Gerardo?

La condesa hizo una señal negativa con la cabeza, y dijo después en voz alta:

—Mientras que las cosas queden como están, no podríamos quejarnos, amigo mío, puesto que las hemos aceptado.

La señora de Quinsac se refería á las relaciones culpables de su hijo con la baronesa Duvillard. Siempre se había mostrado débil con aquel niño que tanto le costó educar, conociendo ella sola que bajo su bello aspecto exterior y su ademán altivo, se ocultaba el último vástago, débil y degenerado de una noble raza. Toleraba su pereza,

su ociosidad, el hastío del hombre amante de los placeres, que le había alejado del servicio de las armas y de la diplomacia. ¡Cuántas veces había reparado locuras, pagando pequeñas cuentas sin decir palabra, y rehusando el auxilio pecuniario del marqués, que no osaba ofrecer sus millones, al ver el empeño de la condesa en vivir heroicamente con los restos de su fortuna! Y así había concluido por cerrar los ojos sobre el escándalo de los amores de su hijo, sospechando bien cómo habían pasado las cosas, por abandono, por falta de reflexión. En cuanto al marqués, no había perdonado á Gerardo su falta hasta que Eva consintió en recibir el bautismo.

—Ya sabe usted, amigo mío—continuó la condesa—, que Gerardo es muy bueno, y esto es lo que constituye su fuerza y su debilidad. ¿Cómo quiere usted que le reprenda, cuando llora conmigo?... Al fin se cansará de esa mujer.

El señor de Morigny se encogió de hombros.

—Aún es muy hermosa—dijo—y además, hay una hija, lo cual sería más grave, porque se casaría.

—¡Oh! la hija, una enclenque.

—Sí, ya sabe usted lo que dirían:

«Un Quinsac se casa con un monstruo por sus millones.»

Esto era lo que atemorizaba á los dos. No ignoraban nada de cuanto ocurría en casa de los Duvillard, la tierna amistad entre la desgraciada Camila y el bello Gerardo, el idilio enternecedor bajo el cual se ocultaba el más atroz de los dramas, y ambos protestaban de ello con toda su indignación.

—¡Oh! lo que es eso, no, jamás—exclamó la condesa con tono resuelto.—¡Mi hijo en esa familia, no, nunca daré mi autorización!

Precisamente en aquel momento entró el general Bozonnet: adoraba á su hermana y complacía en visitarla en los días de recepción, pues el antiguo círculo se había aclarado poco á poco, y tan sólo algunos fieles se aventuraban en aquel salón gris, lúgubre, donde cualquiera hubiese creído hallarse á miles de leguas del París actual. Para distraer á la condesa, el general refirió desde luego que acababa de almorzar en casa de los Duvillard, nombró á los convidados y dijo que Gerardo estaba allí. Sabía que á su hermana le agradaba que su hijo visitase aquella casa, porque le daba noticias de lo que allí ocurría, aunque lamentándose de que dispensara demasiado honor á la familia. Pero Gerardo no se aburría allí, pues hacía largo tiempo que marchaba con el siglo y avenía muy pronto con todo cuanto no fuese el arte militar.

—Esa pobre Camila adora á Gerardo—dijo el general—; en la mesa le devoraba con los ojos.

El marqués de Marigny intervino gravemente.

—Ahí está el peligro—observó—; un casamiento sería verdaderamente monstruoso bajo todos los puntos de vista.

El general se admiró aparentemente al oír estas palabras.

—¿Por qué?—preguntó.—¡Ciertamente no es hermosa, pero si no hubieran de casarse sino las que lo son! La pobre niña tiene, en cambio, sus millones, y todo se compensaría haciendo buen uso de ellos... ¡Por otra parte, verdad es que existen las relaciones con la madre; pero esto es tan común hoy día!

El marqués, indignado, hizo un ademán de soberano desdén. ¿Por qué discutir cuando todo se hundía? ¿Qué contestar á un Bozonnet, el último viviente de aquella ilustre familia, cuando llegaba á excusar las costumbres infames de la República, des-

pués de renegar de su rey y de servir al imperio, manteniéndose fiel á la memoria de César? La condesa misma se indignaba también.

—¡Oh! hermano mío, ¿qué dices?—exclamó—. Yo no autorizaría nunca semejante escándalo, y tan sólo hace un momento que lo juraba así.

—¡Hermana mía, no jures!—repuso el general—. Yo quisiera que nuestro Gerardo fuese feliz; pero preciso es reconocer que no sirve para gran cosa. Comprendo que no haya querido ser soldado, porque es una profesión perdida hoy; pero no me explico que no haya entrado en la diplomacia, aceptando una ocupación cualquiera. Se tiene á vanagloria en este tiempo decir que un hombre de nuestra sociedad no tiene ocupación propia; pero solamente los perezosos dicen esto. Gerardo no tiene más excusa que su poca aptitud y su falta de voluntad y de energía.

Algunas lágrimas humedecían los ojos de la madre, pues tratándose de su hijo comprendía muy bien la falsedad de las apariencias y temía siempre que un golpe de aire se le llevase, por robusto que pareciera.

—En fin—continuó el general—, treinta y seis años hace que es para usted una carga y justo me parece que haga alguna cosa para sí.

Pero la condesa le impuso silencio y volvióse hacia el marqués, diciéndole:

—Amigo mío, ¿no cree usted que debemos confiar en Dios? Es imposible que no venga en mi auxilio, porque jamás le ofendí.

—Esperémosle así—contestó el marqués expresando en esta sola frase todo su pesar, toda su ternura, todo su culto á la mujer á quien adoraba hacía tantos años, sin que hubiesen pecado ni uno ni otro.

Otro fiel entró y esto hizo cambiar la conversación. El señor de Larombière, vicepresidente de la Audiencia; era un viejo alto, de sesenta y cinco años, flaco, calvo, con escasas patillas blancas, ojos grises, la boca muy separada de la nariz y la barba cuadrada, conjunto que comunicaba á su rostro una expresión sumamente austera. La desesperación de su vida era el no haber podido corregirse de un ceceo algo infantil que le impedía dar á conocer su mérito personal en la magistratura, pues preciábase de ser un gran orador, y este tormento le afligía de continuo. En él se encarnaba la antigua Francia realista y burlona que servía á la República contra su voluntad; la antigua magistratura, severa y cerrada para toda evolución, para todo sentido nuevo de las cosas y de los seres, y perteneciente á una nobleza secundaria, de toga, legitimista agregada al orleanismo, creíase el hombre sabio y lógico en aquel salón, donde le enorgullecía mucho encontrar al marqués.

Se habló de los últimos acontecimientos, pues las conversaciones políticas se agotaban pronto, y resumíanse en la amarga censura de los hombres y de los hechos, hallándose de acuerdo los tres respecto á las abominaciones del régimen republicano. Ellos, sin embargo, eran ya, más que ruinas, restos de los antiguos partidos, reducidos á la impotencia casi absoluta. El marqués se encerraba en su intransigencia absoluta, fiel al pasado, y era uno de los últimos de aquella nobleza rica aún, altiva y tenaz, que prefiere morir antes que renunciar á sus principios. El magistrado, pensando en un pretendiente al trono, contaba con un milagro y sostenía que éste era preciso para evitar que Francia sufriese las más graves desgracias y desapareciera al fin del todo. En cuanto al general, no echaba de menos en los dos imperios más que las grandes guerras, y prescindía de la vaga esperanza de una restauración bonapartista, declarando que por no haberse creído suficientes los ejércitos imperiales, y haber impuesto el servicio obligatorio, la República no había hecho más que matar la guerra y la patria.

Cuando el criado se presentó para preguntar á la condesa si quería recibir al señor abate Froment, ésta manifestó un poco de sorpresa.

—¿Qué me quiere?—preguntó—. Introdúzcale usted.

La condesa era muy piadosa y había conocido al abate por sus obras caritativas, quedando conmovida de su celo y edificada por el nombre del «joven santo», como le llamaban sus feligreses de Neuilly.

El abate, poseído de su fiebre, sentíase intimidado en el umbral de la puerta del salón. Al principio no distinguió nada y creía entrar en una casa de duelo, donde se veían algunas sombras, oyéndose voces que cuchicheaban. Después, cuando hubo reconocido á las persona que estaban allí, quedó más desconcertado al verlas tan lejanas y tan tristes, tan separadas del mundo de donde él venía y al que debía volver. Y como la condesa le invitara á sentarse junto á ella, delante de la chimenea, el abate le refirió en voz baja la historia lamentable de Laveuve, solicitado su apoyo para hacerle entrar en el Asilo de los inválidos del trabajo.

—¡Ah! sí, esa obra de que mi hijo ha deseado que yo fuese... Pero, señor abate, yo no he asistido jamás á ninguna sesión de la Junta, y por lo tanto, ¿como quiere usted que intervenga, no teniendo seguramente ninguna influencia?

EMILIO ZOLA.

(Se continuará.)

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)



SECCION GENERAL



HERIBERTO SPENCER ⁽¹⁾

Entre las muchas virtudes con que cuenta la filosofía, es digno de notarse la longevidad de los filósofos. Platón y Xenofonte murieron más de octogenarios. Aristóteles, Epicuro, San Agustín y más tarde Locke, Leibnitz y Kant traspasaron la mayor parte de ellos los límites ordinarios de la vejez. Entre los filósofos naturalistas que han alcanzado una edad más avanzada se cuentan Galileo, que vivió setenta y ocho años; Buffon, ochenta y uno; Newton y Lamarck, ochenta y cinco; Darwin les siguió de cerca y Fontenelle murió centenario.

Estos ejemplos bien pueden alegrar la augusta vejez del más grande de los filósofos naturalistas contemporáneos. Heriberto Spencer acaba de cumplir su cuarto vigésimo natalicio; su vida abarca toda la historia, por así decirlo, pues él puede apreciar con legítimo orgullo el terreno conquistado por sus ideas, la nueva dirección impresa por ellas en todos los ramos del saber humano y la marca puesta por su teoría de la evolución sobre las mismas obras de sus adversarios.

Ciertamente que es aún prematuro darle su parte definitiva en el gran movimiento científico del siglo XIX; porque por grande que sea un hombre, por independiente que sea su genio, siempre queda en él un eslabón de la cadena no interrumpida de gene-

(1) Con motivo de su ochenta aniversario.

raciones de pensadores. Por diferente que haya sido Spencer de Lamarck, Comte y Darwin, debe mucho á cada uno de ellos: Lamarck le ha dado la idea primera de la evolución de los seres por adaptación á su medio; Darwin el secreto del mecanismo de esta evolución por la selección natural; Comte le ha enseñado á despejar los fenómenos en general de toda causa suprasensible y á estudiar estos fenómenos tomando simplemente la materia y la fuerza como postulado.

El sistema de Spencer es aparentemente la tentativa más elevada de generalización que se ha hecho en época alguna de la filosofía. Reducir á una ley única la formación de los cuerpos celestes por la concentración de la materia difusa de las nebulosas, lo mismo que la creación de las manufacturas por lo que se ha dado en llamar impropriamente la división del trabajo, y que es, al contrario, la concentración de los trabajadores; demostrar que la formación de las lenguas es cosa tan natural y espontánea como el acrecentamiento de los tejidos y de los órganos entre los seres vivientes; que el desenvolvimiento histórico de las artes obedece á las mismas tendencias que las variaciones de las especies entre los animales y las plantas; hacer, en una palabra, de la evolución, es decir, del paso de lo simple á lo complejo, de lo homogéneo á lo heterogéneo, por integración progresiva, la ley de todas las manifestaciones del movimiento de la materia, tal es la concepción genial que él ha expuesto con una riqueza de argumentación y una fuerza de pruebas que le dan todas las apariencias de la indestructibilidad. Apariencias, decimos, porque sólo es una hipótesis; pero como el campo de la verdad absoluta nos está cerrado, es necesario atenerse á las hipótesis, y no es poco que en todos los tiempos haya quien ilumine la ruta indefinida del saber.

No tenemos la intención de apreciar aquí la obra filosófica del gran pensador; su solo análisis traspasaría los límites de un artículo de revista. Queremos sencillamente examinar sus sentimientos más bien que sus ideas directrices, pues al lado del lógico riguroso se ha mostrado alguna vez un moralista original, cuyas tendencias son interesantes por más de un concepto.

Para encontrar el secreto de estas tendencias es preciso remontarnos á sus primeras obras, á los famosos *Social Statics*, obra que no ha sido reimpresa y donde expuso sus conocimientos sobre la conducta de los individuos y de los pueblos con un ardor y exaltación juveniles. «El progreso no es un accidente, dice él, sino una necesidad. La civilización, lejos de ser un estado artificial, es, dentro del orden de la naturaleza, lo mismo que el desenvolvimiento del embrión ó la abertura de la flor. Las modificaciones que la raza humana tiene sufridas y sufre aún, resultan siempre de una ley que rige toda la creación orgánica, y como la raza humana continúa existiendo y la constitución de las cosas permanece tal cual es, estas modificaciones deben tender á la armonía... Así como es verdad que la educación influye en nosotros y las palabras *hábitos*, *costumbres*, *prácticas*, tienen su sentido, también lo es que las facultades humanas deben concluir por adaptarse enteramente al estado social; que lo que llamamos el mal y la inmoralidad están destinados á desaparecer; en una palabra: que el hombre debe llegar á la perfección.»

El agente poderoso de esta marcha hacia la perfección, Spencer deja adivinar en las siguientes líneas, que es la ley de selección natural. «Observad, dice, que los animales carnívoros hacen desaparecer de entre los herbívoros, no solamente los individuos que han traspasado la edad de la fuerza, sino que extirpan también los que están enfermos, mal conformados, menos ágiles y menos vigorosos. Esta depuración... impide degenerar la raza, hecho que resultaría de la multiplicación de animales inferiores y

asegura el que se conserve una constitución completamente adaptada al medio más propio para conseguir el bienestar. En la humanidad, el bienestar y el progreso hacia la perfección final están asegurados por una disciplina bienhechora, pero severa, á la cual toda la naturaleza animada está sujeta; disciplina desapiadada, ley inexorable que conducen á la felicidad sin que cedan nunca para evitar infligir los sufrimientos parciales y temporales. La pobreza de los incapaces, el apuro de los imprudentes, la desnudez de los desiduosos, el aplastamiento de los débiles por los fuertes, que abandona á un gran número de seres en las negruras de la miseria, son los decretos de una benevolencia grande y previsora.»

Esta ruda sentencia ha sido reproducida en una de sus últimas obras. Spencer, impregnado de la idea que en el progreso se opera espontáneamente, fatalmente, por así decirlo, mira como artificial y funesto todo esfuerzo, toda medida legislativa, cualquiera que ella sea, en el momento que se imponga.

En sus escritos no agota los sarcasmos sobre la ineptia administrativa, la lentitud, la majadería, la prodigalidad, la corrupción y la rutina de los funcionarios. *Trop de lois, Le fétichisme en politique, La grande superstition politique, L'Administration ramenée à sa fonction véritable...* y otros ensayos, forman una colección de escritos satíricos y virulentos contra los yerros de los legisladores, las inconsecuencias de los poderes públicos y la manía de la reglamentación *paperassière*. Partidario convencido de la iniciativa privada, celoso defensor de los derechos y de la libertad del individuo, mira toda violencia administrativa, toda acción gubernamental como un mal, fuera del derecho de protección interior y exterior.

En política es la misma tesis de la escuela económica de Manchester; aquella que inspira á los fisiócratas su «dejad hacer, dejad pasar». Teoría seductora por su simplicidad, pero que contradice desgraciadamente la historia y el desenvolvimiento de todos los pueblos.

¿Y no es extraño que un pensador que descubre y admira en todos los fenómenos de la naturaleza una evolución de lo simple á lo complejo, en todo organismo una coordinación creciente y fecunda, verle condenar todo arreglo como artificial en el momento que interviene dentro de este orden de individualidades superiores que clasifica en el mundo superorgánico? Para justificar esta condenación hace una distinción específica. «Las disposiciones, dice, son buenas cuando son espontáneas; malas cuando son impuestas por la autoridad, porque toda autoridad es necesariamente imperfecta, obcecada, arbitraria.»

Pero ¿en dónde está el criterio de la espontaneidad en las disposiciones humanas? ¿En qué la acción de un cuerpo constituido es menos espontánea que la de un individuo? ¿Por qué la ley decretada por una asamblea será más artificial que la decisión de uno solo? ¿Se nos dirá que la ley es inútil y que el instinto individual basta para todo? ¿Es posible, sobre todo en nuestra época y en la presente civilización, tan compleja en sus necesidades y funciones, es admisible que cada uno corte su parte libremente sin que nadie revise su cuenta en la gestión de los negocios sociales, entre los embrollos de las ambiciones y las luchas de los apetitos? Los mejores sobresaldrán, dícese, por la ley de selección natural. ¿Estamos seguros de que los mejores sean siempre los más fuertes? Se puede objetar, sin duda, tomando este concepto *más fuerte* en su sentido más amplio, que los mejores dotados física, intelectual y moralmente, gracias á esta superioridad especial, dominarán sobre los demás, siendo esto en provecho de la raza entera. Pero una sociedad, como un organismo, no se compone solamente de

algunos miembros, de algunas células de calidad superior; ella vive y prospera, no por la sola dirección de algunos, sino por la marcha de todos hacia adelante. ¿Qué haría el arquitecto sin el albañil y el peón? ¿El manufacturero, el ingeniero, sin el trabajador? ¿Qué sería un ejército de generales sin soldados?

Y si la vida y el desenvolvimiento de los humildes, de los titulados obreros manuales, son necesarios á la marcha del progreso, á la existencia misma de las sociedades, cualquiera que ellas sean, ¿se puede contar con la generosidad, el desinterés, el altruismo de los *más fuertes* para dar á estos desheredados su parte legítima? ¿La fuerza es siempre respetuosa con el derecho?

Se puede entrever en un porvenir *elíseo* una época de fraternidad universal donde cada uno, grande y pequeño, comprendiendo la grandeza y la utilidad práctica de la solidaridad, dé al vecino su parte, tanto en el consumo como en la producción. Pero si se piensa que se ha necesitado una medida legislativa para establecer la simple verdad de que cuando el obrero trabaja por un patrón en cualquier accidente que allí sufra debe ser indemnizado por el que le ha encargado el trabajo y que es el que recoge los beneficios, si se piensa que la ley que proclama y sanciona esta nueva moral es imperfectamente comprendida y reconocida, se debe dudar que sea suficiente dejar á cada uno en libertad de obrar para que todo vaya lo mejor del mundo y que la justicia reine espontáneamente entre los hombres. Se puede ver en esta intervención del poder un resto de barbarie primitiva; sea; pero no se puede negar la necesidad de esta violencia.

Al ocuparse H. Spencer del reglamento de inspección sobre las construcciones, descubre en él prescripciones ciertamente ilógicas; pero, ¿conciliase la ausencia absoluta de reglamento con la facultad de edificar, sin cuidarse de la alineación y la altura? «La ley—dice—exige mucho espacio para los patios y jardines de los obreros, y los contratistas titubean en ensanchar las viviendas de los hijos del trabajo.» ¿Se puede censurar al legislador porque ponga un freno á la especulación de empresa sobre los chiribitiles, que son los focos de la miseria y de la propagación de las enfermedades?

Los ejemplos que cita Spencer de las malas acciones de la Administración, son ante todo pruebas de la insuficiencia de los funcionarios; la función no es atendida necesariamente, dando pie al conflicto del interés, la aspereza de la concurrencia, el egoísmo incurable que agita á las almas humanas, y es impropio tomar por otra cosa que por un sueño lejano la impasibilidad gubernamental que él considera como un ideal.

No pretende, sin embargo, hacer tomar su teoría al pie de la letra. Cuando proscribe toda intervención *activa* del gobierno, cuando afirma que la sociedad puede pasarse muy bien sin dirección, puesto que «entre los locos y los idiotas la digestión se verifica á maravilla, aunque los centros nerviosos superiores estén desarreglados», hace tomar estas afirmaciones, más que por la exposición de una doctrina, como tendencias de su espíritu.

No será demás alentar el *self-help*, la iniciativa individual, la averiguación independiente, ya que Spencer, individualista por temperamento, resulta el ardiente campeón de la libertad de los demás, bien distintamente de otros pensadores que, apoyándose en la colectividad, son los más acérrimos defensores del egoísmo individual.

E. MARGUERY.

(Traducido de la *Revue Franco-Allemande* por Soledad Gustavo.)

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.